

LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 8 rs.

NUM. 6.º—SÁBADO 7 DE FEBRERO DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 60.

DOS PALABRAS A NUESTROS SUSCRITORES.

El número de LA ILUSTRACION que debió aparecer el sábado, fué recojido de orden de la autoridad y secuestrada además parte de las planchas de madera que iban intercaladas en él. Creemos que nos será permitido decir dos palabras para justificar nuestra conducta á los ojos del público y de los suscritores.

Sabido es que nuestro periódico tiene por principal objeto consignar con la pluma y el lapiz, como una crónica periódica, los sucesos mas notables de cualquier género que sean: una ocurrencia de tales y tan abominables proporciones como el atentado de regicidio, no debia, no podia pasar desapercibida para LA ILUSTRACION: desde la misma tarde de tan desgraciado acontecimiento, trabajamos sin descansar un momento para reunir datos, para conseguir diseños, con los cuales pudiéramos ofrecer una relacion circunstanciada del hecho y sus consecuencias hasta el momento en que apareciera nuestro número. No ciertamente sin grandes molestias y á coste de gastos considerables teniamos logrado el viernes por la noche nuestro objeto; pero sabiendo la recojida de un retrato del regicida que habia empezado á circular, retiramos espontáneamente el dispuesto por nosotros y el facsimil; confiados en esto nos preparábamos á la tirada, cuando sin haber impreso aun número alguno, se nos dió orden de retirar las láminas de actualidad y á los pocos momentos se presentaron á recojer las maderas de los grabados.

No siéndonos permitido decir lo que pensamos acerca de la conveniencia y oportunidad de la recojida y retraso que ha sufrido LA ILUSTRACION, solo nos resta tomar acta de este hecho que prueba lo que otros muchos anteriores, que en España es imposible sostener periódicos como L'ILLUSTRATION ó como THE ILLUSTRATED LONDON NEWS. Si se trata de una ceremonia pública, de una fiesta, no se invita á la prensa; si se solicita la entrada en cualquier dependencia del gobierno, se niega rotundamente, si se consiguen los datos sin pedirlos se pierde el trabajo porque los recojen.

El Rey Othon.

Ya otra vez ha publicado LA ILUSTRACION el retrato de este joven monarca; pero el que presentamos hoy, hecho con posterioridad á aquel, es notable por el suntuoso traje con que se le representa. Sin duda llamarán la atencion de nuestros lectores la magnificencia de los bordados de realce que adornan este vestido, elegante como todos los trajes griegos: hállase cuajado de pedrería, cuya fabricacion es un secreto del Oriente. Dificilmente se formaria una idea de la riqueza de tantos adornos de oro, que tiene maravillosamente aplicados sobre telas de una riqueza extraordinaria.

Febrero.

Ya estamos en febrero, en el mes de los tontos y de los locos, en la época de los bailes, en que tantos y tantas pierden la cabeza y otras cosas. Los numerosos partidarios del carnaval aspiran por todos los poros la llegada de este venturoso mes. Mas de cuatro papás se dan á todos los diablos, por darse á alguna cosa, porque tienen que aflojar la bolsa para suscribirse á billetes de sociedad, para alquilar disfraces y para comprar caretas; pero, ¿qué importa? Es indispensable que las niñas se diviertan, y además, ¿qué harian los papás y las mamás en sus floridos abriles?

No queremos bosquejar nuestras costumbres carnavalescas, porque hay cosas sobre las cuales es muy conveniente pasar una esponja mojada. Por otra parte, nos consolamos de estas miserias pensando que entre los payasos y reyezuelos, entre los monitos y estudiantes calaveras, hemos de reconocer hombres muy formales y juiciosos despues que se concluya el mes de febrero.

Esto quiere decir que la cosa no tiene remedio, que la enfermedad es endémica, que viene de atrás, y que se padecerá en febrero de todos los años hasta el fin de los siglos.

A LA REINA HERIDA PERDONANDO AL REO.

OCTAVAS IMPROVISADAS.

¡Madre, levanta la cabeza hermosa
Y vuelve hácia nosotros tus miradas,
Porque puedan tornar mas consoladas
Las almas, de su pena dolorosa!
Las gotas de tu sangre generosa
Ya están con nuestras lágrimas borradas,
Y si bálsamo fueran nuestras vidas
Ya estuvieran cerradas tus heridas!

¡Madre jó-en del pueblo que te adora,

Vén á calmar nuestra ansiedad ardiente,
Y no temas jamás que nadie intente
A tu vida asestar arma traidora;
Que uno solo en España hubo, Señora,
Que el corazon de regicida aliente,
Y de haberle en tus reinos abortado,
El infierno quedó esterilizado.

Pero mayor que su maldad horrenda

Es tu bondad, ¡oh madre! todavia;
Cuando tu pura sangre se vertia
Tú á la piedad la dabas en ofrenda!
Tema rayos del cielo el que te ofenda;
Porque tú en la española monarquía,
Con la virtud que al cielo te levanta,
Eres aun mas que Reina, eres ya santa!

CAROLINA CORONADO.



El rey Othon.

EL 2 DE FEBRERO DE 1852.

¿Qué anuncia el grito ronco de susto y agonía
Que aun antes que al oído penetra al corazón?
¿Qué voz trocó en tristeza la pública alegría?
¿Qué evento el santo júbilo en ayes de dolor?

Cuando bañada en lágrimas de amor y de ternura
La idolatrada Reina del pueblo mas leal,
De Jehovah á las aras llevaba, ofrenda pura,
El caro fruto, angélico, del seno maternal.

Quando los fieles súbditos en torno se agrupaban
En gritos mil unánimes probándola su amor,
Rompió el hidalgo muro que fé y amor formaban
La mano de un fanático, el hierro de un traidor!

Y en su furor frenético el torpe regicida
A su cobarde hazaña dió el nombre de virtud,
Sin que á aplacar bastasen su saña maldicida
Un pecho tan magnánimo, tan noble juventud!

Baldon de nuestra patria, de nuestra historia afrenta,
¿De qué le sirve al mundo tu estúpida maldad?
Padron de horror, escrito en página sangrienta
Será tu nombre escándalo de la una á la otra edad.

¡Venid á mí los buenos, venid, fieles hispanos,
Un brazo solo intrépido, un noble corazón!
¡Llorad la torpe afrenta, leales castellanos,
Vengad el negro crimen que vuestra fé manchó!

Mas si el nefando intento tuviese imitadores,
Si hubiese otros cobardes á la oprobiosa lid?...
¡No, no! La tierra hispánica no es tierra de traidores,
No nacen monstruos tales do vió la luz el Cid!

Pensar debió ese alevé que hundiéndola en la tumba
Con ella sepultaba la patria libertad;
¡Juzgar que á un crimen solo la libertad sucumba!
¡Qué mancha tan inútil! ¡Cuán torpe necedad!

En tanto, á Aquel que rige los infinitos soles
Que pueblan esas bóvedas del firmamento azul,
Alzad en ruego unánime los pechos, españoles,
Porque á Isabela tornen la fuerza y la salud!

El entusiasmo férvido, la plácida esperanza
Tormentos son del mísero verdugo de Isabel,
Contra su vida callen rencores y venganza,
Que sobra á su castigo la espada de la ley!

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

3 de febrero.

SUCESOS DE ACTUALIDAD.

Triste y doloroso deber es el que hoy pone la pluma en nuestras manos. LA ILUSTRACION, que se disponía á tomar acta de una ceremonia solemne, de un día de júbilo y alegría para Madrid, para la nacion entera, tiene hoy que consignar los detalles de un horrible atentado, sin ejemplo en los anales de España; de una fecha de odioso recuerdo, que de grata que debió ser, ha venido á serlo de luto y de amargura.

Nada ciertamente hubiera hecho presagiar en el día 2 de febrero que la fiesta religiosa que se preparaba había de turbarse, ni que los ardientes destos que el pueblo tenía por ver á su Reina habían de quedar defraudados. Las calles estaban inundadas de gentes, en todos los balcones lucían brillantes colgaduras, la guarnicion entera de Madrid se veía estendida por la carrera hasta el templo de Atocha, en que debía cantarse el *Te Deum*. Hasta la naturaleza parecía contribuir á la alegría que todos los semblantes demostraban, con un espléndido sol de primavera.

Entre la una y las dos de la tarde un cañonazo anunció que S. M. iba á salir de Palacio, y un movimiento de impaciencia curiosidad se apoderó de la inmensa multitud que por todas partes pululaba. A este movimiento sucedió bien pronto otro de estraneza y de alarma.

Al salir nuestra querida Reina de la Capilla Real, radiante de belleza, de juventud y de religiosa unción; al prepararse para presentar á la Virgen el tierno vástago concedido por la Providencia á su ardiente amor maternal y á las esperanzas de los españoles; en este momento solemne, grande, que hace época en la vida de una nacion, un criminal inefable, un desalmado cruel, se presenta á S. M. y atenta contra su vida con un puñal asesino.

Por fortuna la herida causada, aunque grave, no ha tenido las espantosas consecuencias que en su principio llegaron á temerse, y la Providencia ha hecho que nuestra adorada Reina, á los pocos dias de su dolorosa curacion, se halle fuera del peligro en que un fanático feroz puso sus dias.

Renunciamos á hacer una relacion minuciosa del hecho espantoso que acabamos de indicar, ya referido por todos los periódicos, para dar una noticia circunstanciada de la causa criminal formada contra el regicida.

En el salon de Columnas del Real Palacio se formó la correspondiente sumaria por uno de los jefes superiores del real cuerpo de alabarderos, y en la indagatoria que se tomó al reo dijo: que se llamaba D. Martin Merino, natural de la ciudad de Arnedo, de edad de sesenta y tres años, de estado eclesiástico, ordenado en el año 13, y en la actualidad hecho un saltatumbas; que vivía en el Arco del Triunfo, número 2, y hacia que estaba en Madrid diez años. Que había venido á Palacio con objeto de lavar el oprobio de la humanidad, vengando en cuanto estaba de su parte la necia ignorancia de los que creen que es fidelidad aguantar la infidelidad y el perjurio de los reyes. Que se aproximó á la Reina con objeto de quitarla la vida con un puñal, que reconoció, habiéndolo comprado en el Rastro, hallándolo á propósito para matar al general Narvaez, á la reina Cristina, ó á la Reina cuando fuera mayor, y que entonces no lo era, aun cuando estaba declarada mayor de edad. Tambien espresó que no tenía motivo ninguno personal de resentimiento contra S. M., y añadió que había entrado solo en Palacio y que no tenía cómplices.

Retirado en seguida al zaguanete de alabarderos, se des-

pojó de sus hábitos sacerdotales, permaneciendo allí sentado al brasero con el mayor cinismo, con la indiferencia mas espantosa, como si nada hubiera acontecido, y como si su sacrilega mano no hubiera cometido uno de los mayores crímenes, ni hubiera empañado el blason de hidalguía y honradez que con tanto orgullo ostentábamos hasta ahora.

En este momento fué cuando se le encontró cosida en la parte interior de la sotana, una funda de badana que cubria la de acero en que iba metido el puñal, y que estaba colocado allí con tan diabólico artificio, para que pudiera sacarse la hoja rápida é instantáneamente.

Se acercaron varias personas á verle, y á todas contestó con la mayor impasibilidad. A un individuo del alto clero le apostrofó de una manera espantosa, lo mismo que á otros dignatarios de la corona.

A un personaje de la nobleza, que no pudiendo contener su indignacion al ver á Merino, le apostrofó, jurándole que si él hubiera estado junto á la Reina, le habría hecho pedazos en el acto de consumir su crimen, contestóle aquel con una especie de dignidad salvaje:

—Entonces no hubiera usted hecho mas que lo que hará dentro de poco el verdugo.

Con no menos fiereza contestó el regicida á un jefe militar que le apostrofó en los mismos términos.

—Siento, le dijo este, no haber presenciado su crimen para haberle castigado con mi espada.

—Todavía está V. á tiempo de ocupar el puesto del verdugo.

Difundida por Madrid con la celeridad del relámpago la noticia del horrendo atentado cometido contra la sagrada persona de S. M. la Reina, de cuyo espantoso crimen con todos sus pormenores damos cuenta en otro lugar del periódico, el digno señor juez del distrito de Palacio, D. Pedro Nolasco Aurióles, llamó inmediatamente al celoso promotor fiscal de su juzgado, D. Antonio Sanchez Milla, y ambos, acompañados del escribano señor Perez, acudieron á las puertas del Real Alcázar, sin que pudieran penetrar en un largo rato, pues aquellas se encontraban cerradas, porque en los primeros momentos de la infausta ocurrencia así tuvo la feliz prevision de mandarlo el señor general Cañedo, para impedir el que la multitud aterrada saliese despavorida por la poblacion desfigurando la triste noticia y aumentando su gravedad.

Habiendo logrado penetrar en Palacio, suscitóse la dificultad de si el juez podía entender en aquel proceso, por haberse cometido en lugar inmune y sagrado, cual lo es la morada de los reyes, y por estarse ya instruyendo las primeras diligencias por el juzgado de Alabarderos, representado en aquel acto por el ayudante del referido cuerpo, señor Casani, quien había ya recibido al regicida Merino, la primera declaracion indagatoria.

Para evitar un conflicto de autoridades que pudiera impedir el rápido curso de tan importante proceso, espidióse inmediatamente una real orden autorizando á la jurisdiccion ordinaria para instruir la causa, y para que en el mismo Real Alcázar se practicaran sus primeras diligencias.

Entrando pues el juzgado de Palacio en todo el lleno de sus funciones, principió á instruir el sumario, uniéndose á él las diligencias que había practicado el ayudante de alabarderos señor Casani, y que estaban reducidas á la indagatoria del procesado.

El inteligente y activo señor juez del distrito de Palacio, procediendo en este negocio con todo el pulso que su gravedad exigía, y no queriendo faltar á ninguno de los respetos legales que se versaban en el mismo, pasó una comunicacion al señor fiscal de la Audiencia, por si el gobierno de S. M. creía conveniente hacer uso de la facultad que se concede por la ley de 11 de mayo de 1849, que comete al Senado el conocimiento de estos atentados contra la sagrada persona del Rey. El señor fiscal pasó por sí otra comunicacion análoga al Ministro de Gracia y Justicia, y este despachó inmediatamente una real orden, dictada de conformidad con el Consejo de Ministros, que se hallaba reunido en sesion permanente, y es como sigue:

«Ministerio de Gracia y Justicia.—Real orden.—Enterada S. M. de una comunicacion de su fiscal en la audiencia de Madrid dando cuenta de estar instruyéndose sumaria en ese juzgado sobre el atentado cometido en la tarde de este día contra su real persona, por si el gobierno quiere hacer uso de la facultad que le compete para cometer el conocimiento de la causa al tribunal del Senado, se ha servido mandar, conformándose con el parecer del Consejo de Ministros, que V. S. continúe el procedimiento, fallándose por la jurisdiccion ordinaria con arreglo á derecho.

Lo que de real orden digo V. S. para su inteligencia y efectos consiguientes. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 2 de febrero de 1852.—Gonzalez Romero.—Señor juez de primera instancia del distrito de Palacio.»

El juez de primera instancia, señor Aurióles, empezó á practicar con la mayor actividad las diligencias necesarias, procediendo á tomar la correspondiente indagatoria, en la que espresó: que, aunque no era su ánimo, ni quería, bajo ningun concepto, atenuar el crimen de haber atentado contra la vida de S. M., ni aun disfrutar del indulto, en caso de que se le concediera, debía decir, para que constaran, los antecedentes de su vida: que los desengaños y desgracias que había experimentado, las estafas y robos con que había sido perjudicado en sus intereses, las calumnias con que había sido lastimado en su honra, y el ningun apoyo que había encontrado en las autoridades, unido todo á las persecuciones que había sufrido, le habían hecho amarga la existencia y producido en su ánimo aversion al género humano y á toda clase de gobierno y de injusticias, que siempre las había atribuido á los hombres que componen el gobierno, porque, en su concepto, las formas políticas eran indiferentes, y que lo que las hacen buenas ó malas eran los hombres que gobiernan, y por esta razon concibió el proyecto de asesinar á S. M., segun lo había tratado de ejecutar aquel día. Había seguido carrera literaria en un convento de San Francisco de Santo Domingo de la Calzada, habiéndola principiado el año 1808, interrumpiéndola en la guerra de la Independencia, en que formó parte de una partida de cruzados que se formó en Sevilla, y la concluyó despues de acabados aquellos sucesos, ingresando de nuevo en el citado convento, hasta que en el

año de 1819 se fugó, pasando á Francia; y le movió á ello el estar mal mirado en el convento. En Francia estuvo en Agenis hasta el año 21, en que volvió á España y se secularizó. Se halló en Madrid, y tomó parte en las ocurrencias del 7 de julio de 1822 en favor del partido liberal; y en 1824 volvió á emigrar á Francia, y allí permaneció, primero en Agenis, despues en Burdeos, y por último, se colocó de cura parroco en Saimedal, cuyo cargo desempeñó desde el año 30 al 41, que regresó á España, estableciéndose en la corte, donde había permanecido.

De resultas de las estafas sufridas había perdido no solo cinco mil duros que sacó á la loteria en 1843, sino tambien los ahorros que había traído de Francia, y los productos de una capellanía que disfrutaba en la parroquia de San Sebastian de esta corte, por lo que tuvo que reducir sus gastos. Hacia siete años no trataba con nadie, y al anochecer se acostaba generalmente, y cuando se despertaba á media noche se entretenía en leer, que era su ocupacion constante. Había tenido siempre deseos de asesinar al duque de Valencia, á quien había creído ver en aquel día en la ceremonia de Palacio, y al que tenía gran odio por creerle corruptor de la monarquía, ejército y nacion; y no habiéndole encontrado allí, formó de pronto el proyecto de atentar contra la vida de S. M. la Reina. En la galería de Palacio entró sin papeleta, y como iba con traje de eclesiástico no le pusieron obstáculo ninguno á su entrada. Fué solo, y aseguró que en ningun tiempo había hablado con nadie sobre su deseo de venganza.

Cerca de las nueve de aquella mañana salió de su casa, y se fué solo á San Justo, donde celebró el santo sacrificio de la Misa, y despues asistió á la festividad del día en la misma parroquia, á la que tenía costumbre de ir hacia algun tiempo, para suplir las enfermedades y ausencias que ocurrían, habiéndose marchado en seguida á Palacio sin que nadie le indujera á atentar contra la vida de S. M.

En la confesion no trató tampoco de negar el cargo que se le infería.

Aparece de los procedimientos que Merino fué autor del atentado: que obró con premeditacion, y que no ha hecho ningun esfuerzo para negar, ni atenuar siquiera la enormidad de su delito. Las declaraciones de los señores conde de Pinhermoso, mayordomo mayor de S. M., conde de Revillagigedo, marquesa viuda de Povar, marqués de Alcañices, Don Manuel Mencos, teniente de alabarderos, conde de Balazote, y otros varios testigos, confirman que el presbítero Merino al llegar S. M. al tramo de la galería que hace espalda á la sala de Columnas, se acercó en ademán de besarle la mano, y le dió el golpe en el costado, causándole tambien una leve herida en el antebrazo. El criminal no se resistió á los que se echaron sobre él para sujetarle, y al designarle como agresor las gentes que allí estaban, dijo: «Yo he sido, ya es muerta.»

El manto y corsé que S. M. llevaba puestos salieron manchados de sangre. En la parte derecha del peto, sobre el mismo bordado, hay una cortadura como de uno ó dos dedos y algunas manchas de sangre. El corsé tiene otra cortadura del mismo tamaño en el lado derecho, que no traspasa dicho corsé, y además una de sus ballenas ha sido un poco rota por uno de sus cantos. El corsé tenía varias manchas de sangre.

Los facultativos de cámara, señor D. Juan Francisco Sanchez, D. Juan Drument y D. Dionisio Solís, prestaron tambien declaracion inmediatamente, manifestando bajo un contestado en aquella diligencia, que estendió por su mano el mismo señor Drument, que la herida era grave, al menos por el sitio delicado en que se había hecho, y por la clase de instrumento penetrante y cortante con que se había inferido. Por fortuna, despues de esta declaracion los facultativos de cámara han tenido ocasion de persuadirse de que no peligraba la preciosa vida de S. M.

Para la completa instruccion del sumario faltaba el reconocimiento del puñal por maestros armeros, lo que se verificó, declarando estos que era un arma de uso prohibido á toda clase de personas.

En la casa de Merino se encontraron un cachorrillo descargado, un bolsillo con 26 monedas de 19 reales, tres billetes de loteria, una caja con perdigones y seis balines, un libro titulado: *Biografía politico-moral; «La conciencia, discurso de oposicion al partido Narvaez»,* en el que critica todas las operaciones del gobierno desde el año 43; y entre otras cosas dice que la declaracion de la mayoría de S. M. se volvía la burla mas sangrienta para el Estado. Se encontraron tambien diferentes papeles insignificantes.

A las ocho de aquella misma noche fué trasladado al Saladero en un coche, al que escoltaban 30 soldados de caballería, que tuvieron que hacer bastantes esfuerzos para librarle á la salida de Palacio, porque varios de los que allí se hallaban agrupados, querían acabar con él. Iba precedido tambien de una partida de 50 hombres de guardia civil de infantería, para auxiliar á los que le escoltaban, caso que fuera necesario.

En el día 3 tuvo una entrevista con el Merino, el abogado defensor que se le había nombrado de oficio, llamado señor Urquiola, y preguntándole qué instrucciones tenía que darle, solo le contestó: «En vano se cansa V. en buscar defensa: la única razon que V. puede alegar es que estoy loco, y yo me encargo de desmentirle si así lo hace.»

A pesar de esta manifestacion, el defensor articuló la prueba de demencia, devolviendo despachada la causa á las cinco y cuarto.

A las cinco y media fué reconocido el reo por los facultativos de la cárcel, los que en seguida prestaron declaracion, celebrándose á las seis la vista en el mismo Saladero, no habiendo asistido el reo.

El juez de primera instancia, despues de oír al promotor fiscal y al defensor, dictó sentencia condenando á Merino á la pena de muerte en garrote, con las circunstancias de regicida, precediendo la degradacion legal, y debiendo ejecutarse la sentencia en las afueras de la puerta de Santa Bárbara.

A las siete y media de la noche pasó en consulta á la Audiencia territorial, con arreglo á lo dispuesto por las leyes: se procedió en seguida á su repartimiento, habiendo tocado á sala primera, y tomándola á su cargo el relator D. Torcuato Arroquia, y el escribano de Cámara D. Gregorio Ucelay.

La sala dió en seguida auto mandando pasarse la causa al relator con término de tres horas; en seguida al fiscal con el de seis, y por último al defensor con el de otras seis. En

virtud de esta providencia se creyó que se verificaría la vista á las altas horas de la noche, ó á lo mas á la madrugada del día 5 próximo, habiendo reclamado el defensor que debía mediar el espacio de veinticuatro horas desde la citación á la vista, se señaló para el día 6 á las diez de la mañana.

El tribunal, que ofrecía un aspecto solemne é imponente, se componía de los siguientes magistrados:

Señores: Govantes, presidente.—Fernandez Baeza.—Ainal.—Osorio.—Marqués de Morante.

A la derecha del tribunal estaba el fiscal de S. M., D. José Villar y Velasco, y á la izquierda el defensor nombrado de oficio, señor Urquiola.

Principió la vista dándose cuenta de un escrito en que el defensor del reo solicitaba se suspendiese la vista y se recibiese á prueba para justificar debidamente el estado de demencia, en que, según el defensor, se halla el presbítero Don Martín Merino; pero fué denegada y se procedió á la vista.

El señor Urquiola, nombrado de oficio para defender al reo, procuró demostrar, puesto que estando el procesado convicto y confeso otra cosa no era posible, que Merino padecía perturbación en sus facultades intelectuales, fundándose en el carácter singular que ofrecen los actos que precedieron, acompañaron y siguieron al hecho criminal; y espuso para probar este aserto razones muy ingeniosas, concluyendo con exhortar á los jueces á que antes de dictar su fallo, inquiriesen bien cuál es el estado mental del reo, y que tuviesen en cuenta que si reputándole cuerdo le condenaban, iban á demostrar con su fallo que había en España quien fuese capaz de cometer el horrendo crimen del regicidio.

El fiscal de S. M. hizo ver que la demencia no está en manera alguna justificada: que lo contrario aparece de las declaraciones de los facultativos, y que el trastorno del presbítero Merino, es el que proviene de las malas ideas, de los vicios, de la perversion del corazón; causas que estravían el juicio de los criminales por culpa de su propia voluntad, y no por accidentes á ella ajenos; que las desgracias que Merino había padecido, no eran en manera alguna motivos para disculpar su misantropía y sus designios sanguinarios, mucho mas tratándose de un sacerdote que por su sagrado ministerio debe ser modelo de mansedumbre y de pobreza, y no olvidar jamás que el mundo es un valle de lágrimas en que los contratiempos y los infortunios sirven para acrisolar el ánimo y disponerlo al ejercicio de las virtudes: y en fin, que el presbítero Merino era un tipo de perversidad, y que la vindicta pública reclamaba su pronto y ejemplar castigo.

Se procedió á la degradación, y despues, terminada la vista á las doce, se publicó la sentencia á las tres de la tarde, confirmando la Audiencia en todas sus partes la que había dictado el inferior en primera instancia, según la cual el reo deberá sufrir la pena de muerte en garrote en las afueras de la puerta de Santa Bárbara, siendo conducido al patíbulo con ropa y birrete amarillos, manchados de encarnado.

Su ejecución se verificará hoy á la misma hora en que perpetró su horrendo atentado, á fin de que la espacion del crimen sea mas imponente y aterradora, y que la vindicta pública indignada quede cumplidamente satisfecha.

DEGRADACION DEL REGICIDA MERINO.

Antes de ayer á las dos de la tarde se verificó la ceremonia de la degradación de D. Martín Merino, con toda la solemnidad y aparato que previene el derecho y el ritual de la Iglesia católica. En una de las salas de la misma cárcel del Saladero, cuyos balcones dan á la subida de Santa Bárbara, se colocó un tablado ó tarima, en el que se habían puesto el altar y demás cosas necesarias para el caso. Por delegación del señor arzobispo diocesano, celebró el señor Cascañana, obispo de Málaga, asistido de sus familiares y de los seis dignatarios eclesiásticos que manda la rúbrica, y que fueron los señores Don Benito Forcelledo, obispo electo de Astorga; D. Telmo Maiceira, obispo electo de Coria; D. Ramon Duran de Corps, arcediano de Toledo; D. Celéstino Mier y Alonso, capiscol de idem; D. José Miguel Sainz Pardo, capellan mayor de idem, y D. Antonio Aguado, chantre de Córdoba, con los demás asistentes inferiores que suelen concurrir á los actos solemnes de la Iglesia, y el tribunal eclesiástico.

Hallándose ya el prelado vestido de medio pontifical de color encarnado, con mitra puesta, el báculo en la mano, y sentado de espaldas al altar y de cara al pueblo, que estaba contemplando la terrible ceremonia desde la calle, se presentó el reo acompañado de los ministros de la justicia, y de los señores D. Pedro Nolasco Aurióles y D. Antonio Sanchez Milla, juez y fiscal de la causa, que debían presenciar la degradación para hacerse luego cargo de la entrega del desgraciado, que iba vestido con hábitos negros talares.

Quitáronle entonces las ligaduras y empezó él mismo á vestirse los sagrados ornamentos, como si fuera á decir misa, y así revestido, los eclesiásticos concurrentes lo presentaron al obispo, á cuyos pies se arrodilló, y le entregaron el cáliz con vino y agua y la patena con hostia. El prelado le quitó en seguida de las manos ambas cosas diciendo esta tremenda fórmula, que con las demás que mencionaremos, sacamos y traducimos del pontifical romano: «Te quitamos la potestad de ofrecer á Dios sacrificio y de celebrar la misa, tanto por los vivos como por los difuntos.» El prelado le fué raspando con un cuchillo las yemas de los dedos y los demás sitios que en la ordenación de los presbíteros son ungidos con los santos óleos, como manifestando que la Iglesia quería quitar de aquellos miembros la consagración con que los había honrado, diciendo: «Por medio de esta rasura te arrancamos la potestad de sacrificar, consagrar y bendecir que recibiste con la unción de las manos y los dedos.» Y quitándole la casulla que llevaba puesta, añadió: «Te despojamos justamente de la caridad, figurada en la vestidura sacerdotal, porque la perdiste y al mismo tiempo toda inocencia.» Al quitarle la estola, dijo: «Arrojaste la señal del Señor, figurada en esta estola, por esto te la quitamos, haciéndote inhábil para ejercer todo oficio sacerdotal.»

Degradado de este modo del sacerdocio, se pasó á la degradación de las demás órdenes en esta forma: los asistentes le vistieron los distintivos de diácono, y le entregaron el libro de los Evangelios; el prelado se lo tomó, diciéndole: «Te quitamos la potestad de leer el Evangelio de la Iglesia, porque esto no corresponde sino á los dignos.» Al despojarlo de la dalmática: «Te privamos del orden levítico, porque en él no

cumpliste con tu ministerio;» y al despojarlo de la estola: «Te arrancamos con justicia la cándida estola que recibiste para llevarla inmaculada en la presencia del Señor, porque no lo hiciste así conociendo el misterio, ni diste ejemplo á los fieles para que pudieran imitarte como consagrado á Cristo y te prohibimos todo oficio de diácono.»

Despues lo vistieron de las insignias de subdiácono, y al quitárselas el prelado le dijo: al libro de las Epístolas: «Te quitamos la potestad de leer la Epístola en la Iglesia, porque te has hecho indigno de semejante ministerio.» A la dalmática: «Te desnudamos de la túnica subdiaconal, porque el casto y santo temor de Dios no domina tu corazón y tu cuerpo.» Al manipulo: «Deja el manipulo, porque no combatiste las espirituales asechanzas del enemigo por medio de las buenas obras que él designa;» y al amito: «Porque no castigaste tu voz, te quitamos el amito.»

Por este orden y con fórmulas parecidas, se le fueron poniendo y quitando todas las demás insignias de los otros cuatro grados menores, hasta llegar á los de primera tonsura, que también vamos á explicar detalladamente, por ser muy notables, y por haber ocurrido en aquel acto una circunstancia especial. Estaba el reo vestido de sotana y sobrepeliz y arrodillado á los pies del prelado, y este, al quitarle el último, pronunció estas palabras del pontifical: «Por la autoridad de Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y la nuestra, te quitamos el hábito clerical y te desnudamos del adorno de la religión, y te deponemos, te despojamos, te desnudamos de todo orden, beneficio y privilegio clerical; y por ser indigno de la profesion eclesiástica, te devolvemos con ignominia al estado y hábito seglar.» En seguida el obispo con unas tijeras le cortó un poco de pelo, y un peluquero que estaba también allí al efecto, siguió la operación para dejarle todo el cabello al igual de la corona, á fin de que esta no se conociera, según previene el ritual; pero el reo se resistió, y habiéndole advertido el prelado que era preciso, se conformó, diciendo sin embargo al peluquero: *Corte usted poco, porque hace frío, y no quiero constiparme.* Entre tanto el obispo decía: «Te arrojamus de la suerte del Señor, como hijo ingrato, y borramos de tu cabeza la corona, signo real del sacerdocio, á causa de la maldad de tu conducta.»

En seguida los sacerdotes que asistían al obispo desnudaron al reo de los demás vestidos clericales que aun llevaba puestos, hasta quitarle el alzacuello, dejándolo con pantalón y chaqueta, en cuyo estado se acercó el juez ordinario y el fiscal, y les dijo el prelado: «Pronunciamos, que al que está presente, despojado y degradado de todo orden y privilegio clerical, lo reciba en su fuero la curia secular;» añadiendo en seguida: «Señor juez, os rogamos con todo el afecto de que somos capaces, que por el amor de Dios, por los sentimientos de piedad y misericordia, y por la intercesión de nuestras súplicas, no castigéis á ese con peligro de muerte ó mutilación de miembro.»

Al oír el reo estas palabras, que son testuales las del ceremonial de la Iglesia, hubo de significar sin duda con algun gesto su incredulidad en ellas, y notándolo el señor obispo de Málaga, que se hallaba sumamente afectado, empezó á exhortarlo á que no fuera duro de corazón; que tenía los momentos contados; que reconociera sus horrendos crímenes, y que se preparase para presentarse en el tribunal del Supremo Juez.

Hízole sentir, lleno de unción, que la caridad se hermanaba con la justicia, y que al aplicar la justicia no olvidase la caridad: que por inaudito, horrendo y execrable que fuese, como lo era, el delito, por el día, por el sitio, por las circunstancias de la persona, de la mas inocente de las mugeres, de nuestra Reina... la Iglesia no podía pedir castigo, sino justicia con caridad: por último enjugando en sus ojos las lágrimas que de ellos corrían, volvió á los concurrentes diciéndoles, que si gravísimos eran los delitos de los hombres, mayor era la misericordia de Dios, porque era infinita; que rogaba á todos, que ya que él había tenido el gravísimo quebranto de degradar á aquel infeliz sacerdote, le diesen todos el gusto de pedir á Dios por él, interponiendo la intercesión de su Santísima Madre, y ya que hubiese de sufrir el castigo que la justicia le imponía, le abriese Dios los ojos del corazón para que se convirtiese y se le abrieran las puertas del cielo.

El venerable prelado no pudo continuar, y prorumpió en llanto; pero Merino, siempre insensible, no contestó mas sino, que me dejen en paz.

Durante la tremenda ceremonia, que duró una hora larga, y en la que todos los concurrentes estaban aterrados, solo él mostró una serenidad, una presencia de ánimo que asombraba. No afectó desprecio ni extrañeza; y estaba tan en todo, que alguna vez que el maestro de ceremonias se equivocó, como suele suceder en las que se practican, gracias á Dios, tan de tarde en tarde, él fué el primero en hacerlo notar y corregirlo.

Origen de los cafés en París.

Hace unos ciento ochenta años, que un armenio llamado Pascal, que había venido á Francia en la comitiva de Soliman-Aga, embajador de la Puerta cerca de Luis XIV, instaló en la feria de San German una tienda ante la cual se detenía asombrada la muchedumbre. Pascal vendía á todo el que llegaba, mediante la módica suma de siete cuartos, una taza de infusión de café. Era entonces una novedad tan grande, que solo los mas intrépidos se arriesgaban á probar aquel licor desconocido, del que se contaban maravillosas historias que la credulidad pública acogía sin contradicción. Cuando se vió que el café no envenenaba, que no hacia idiotas á los que le tomaban, y que no turbaba ni entorpecía ninguna de las facultades espirituales ó corporales, se aventuraron poco á poco, y bien pronto la multitud invadió la tienda de Pascal, cuyo nombre se hizo en breve popular.

Asombrado de tan maravilloso éxito, y deseando aumentar su fortuna que tan bien había empezado, el primer cafetero de Francia, despues que se concluyó la feria de San German, se marchó á París á establecer el primer café permanente, que se abrió en el cuartel de la Escuela. Durante algun tiempo estuvo en boga, pero bien pronto empezó á bajar el consumo, y Pascal tuvo que trasladarse á Londres.

Otro armenio llamado Malisban intentó entonces reanimar el entusiasmo publicado en favor del café. Este segundo esta-

blecimiento, situado en la calle de Mazarino, siguió poco á poco los pasos del primero. La concurrencia no tardó en aparecer. Al momento se abrieron otros dos cafés, el uno por bajo del puente de Nuestra Señora, y el otro en la calle de San Andres, á la bajada del puente de San Miguel; y al mismo tiempo, un cojo llamado el *Candiol*, y cuyo nombre han conservado las memorias de aquel tiempo, iba de casa en casa vendiendo café, que hacia á vista de los consumidores, á precio de cuatro cuartos la taza, incluso el azúcar.

Un siciliano, llamado Procopio, tuvo la inteligencia que faltó á sus predecesores. Comprendió que los franceses no podían tomar solo café á la manera que los orientales, y tuvo la feliz ocurrencia de crear ante todo un sitio de reunion elegante donde el placer de beber el licor no fuera mas que accesorio.

Despues de haber hecho un ensayo en la feria de San Guzman, como su predecesor Pascal, abrió en la calle de Fosses de San German, en frente de la Comedia francesa, el célebre establecimiento que existe hoy bajo el nombre de café Procopio.

Desde este instante quedó ya completamente fundado el café en París. En tiempo de Luis XV se contaban en París mas de seiscientos cafés, y las provincias, siguiendo los pasos de la capital, creyeron honorífico el poseer también establecimientos de este género.

No se debe olvidar al tratar de esto, que Declieux fué el primero que trajo á la Martinica una planta de café, y que para dotar á las colonias francesas de esta riqueza, tuvo valor de hacer lo que Jussien había hecho por el cedro del Líbano que corona en el día con sus estendidas ramas la cima del jardín de Plantas, es decir, privarse del agua durante la travesía, para rociar la planta que había de hacer la fortuna de aquellas colonias.

Barnum y Lola Montes.

Si Lola Montes no existiese, Barnum la inventaría. Pero existe en carne y hueso; en hueso sobre todo.

Si Barnum no fuese un habitante de este pícaro mundo, Lola agitaría una varilla mágica diciendo: «Que aparezca Barnum.»

Entre Lola y Barnum y entre Barnum y Lola hay una afinidad extraordinaria de simpatías.

Lola debió soñar con Barnum en su niñez.

Barnum debió adivinar á Lola, antes de echar el primer diente.

Barnum es el recolector de curiosidades mas curioso que se conoce.

Coge á los cantantes cuando están mamando y á las bailarinas en mantillas; espiota sus habilidades y va reuniendo un bonito capital.

Barnum no podía consolarse de la desercion de Jenny Lind. Pero tuvo un instante de inspiración, se dió una palmada en la frente, como todos los inventores satisfechos, y exclamó: EUREKA.

Lo que había hallado era Lola Montes.

Lola solo se eleva á mediana altura, aun tiene bastante ligereza, pero no abriga pretensiones de globo.

Lola no hace lo que otras bailarinas; aborrece el plagio.

Es una bailarina excepcional, una bailarina que no baila.

Ha habido un público que tuvo el mal gusto de silbar á Lola; pero ese público era estúpido con ribetes de necio.

Barnum se presentó en casa de Lola vestido de majo por adularla, y la propuso explotar en comandita las minas de oro de Nueva-York, Nueva-Orleans y Filadelfia.

Lola, cuyo desinterés es notorio, aceptó el partido, y se hizo entre ambos un contrato de oro y de piedras preciosas.

¡Pobres yankees!

Lola y Barnum se hallan ya en los Estados de la Union, y los senadores americanos han saludado á la emigrada de Baviera tirando las pelucas al Mississippi. Aquello es una revolución, un terremoto, un infierno. Lola, á la que ya hemos visto trasformada en lady, es muy regular que vuelva á Europa convertida en *cuáquera*.

Por lo pronto se ha lanzado de nuevo en pos de la fortuna.

¡Con tal que no dé algun mal paso! ¡Tiene tan poco aplomo en las piernas!

Pereza.

No hay ente mas feliz que el perezoso: nada sabe de los trabajos del mundo, porque como nunca se mueve, pasan á escape por su lado, le dejan atrás, y van á alcanzar á los mortales que corren en pos de la dicha.

El perezoso se levanta tarde, cuando se levanta, y solo el hambre puede hacerle llevar el pan á la boca. En cambio duerme como un lirón.

No hay que hablarle de viajes, porque tanto le incomoda el frío como el calor: por evitar el primero, no irá, aunque le descuarticen, desde la calle de Toledo á la de Mira al Rio, y por no esponerse al segundo, nunca se le verá en la Puerta del Sol, aunque viva en la del Correo.

Llega un día en que cierto amigo le pregunta:

—¿Qué haces?

—Ya lo ves, contesta: estoy sentado al brasero.

—Pero ¿no te aburrirás así?

—¡Cá! Lo que aburre es tener alguna ocupacion.

—¿Quieres colocarte?

—¿En qué?

—Hay una buena proporcion y puedes ganar un sueldo de veinte mil reales.

—Buena falta me hace.

—Lo creo, porque no trabajas, pero si realmente deseas obtener ese sueldo...

—¿Qué debo hacer?

—Ir á las nueve á la oficina y...

—¿Todos los días?

—Se supone.

—Pues, amigo, lo siento, pero no puede ser: si fuese una vez cada dos meses, ó cosa por el estilo... vamos: déjate de colocaciones, porque yo me corozco y sé que para nada sirvo.

El perezoso se ha refratado con las últimas palabras. En efecto, para nada sirve en la sociedad el hombre que no contribuye á los adelantos de esta y á los suyos propios por medios honrosos.

PRENSA MONSTRUO DE VAPOR
DEL DIARIO EL NEW-YORK SUN.

Un diario de Nueva-Yorck, el *Sun*, ha montado una nueva prensa de vapor sumamente notable.

El *New-York Sun* habla de ella con un entusiasmo que podría hacerse sospechoso, si el nombre de los fabricantes no lo garantizase. Este aparato ha sido construido por MM. Hoe y compañía, de Nueva-Yorck, cuya reputacion, como mecánicos y constructores de máquinas, es colosal. Son además estos fabricantes una especialidad para las máquinas de imprenta, y á ellos se deben, en gran parte, los rápidos é inteligentes progresos que las prensas han hecho en los Estados-Unidos.

La nueva prensa de vapor del *New-York Sun*, ha sido encargada á MM. Hoe á últimos de 1849. Los editores del diario citado les han dejado carta blanca sobre su construccion, sin convenir ni aun en el precio, que ha ascendido á 20,000 dollars (cerca de 395,000 rs.)

Esta prensa tiene 40 pies de largo. Se compone de ocho cilindros, de modo que se imprime en ocho puntos á la vez. A medida que los pliegos estan impresos, siguen unos rodillos conductores que los llevan hasta la estremidad de la máquina, para colocar los unos sobre los otros. La tirada es de veinte mil números en una hora. Se puede hacer que funcionen los ocho cilindros á la vez ó uno solo, á voluntad, siendo asunto de un minuto, á lo mas, el ponerlos á todos en movimiento. En la parte superior de la máquina se halla colocado un aparato contador, dispuesto de tal modo, que señala proporcionalmente el número de pliegos que se imprimen: teniendo las cifras exactas desde uno á cien millones, con solo mirar el contador, cuya aguja señala en razon de la tirada.

El *New-York Sun*, de donde tomamos estos detalles, dice que se emplean en esta máquina diez y seis personas, de las que dos son niños; y está calculado que en una hora, con el auxilio de estos diez y seis individuos, ejecuta esta prensa un trabajo que, con los antiguos procedimientos, hubiera necesitado en el mismo espacio de tiempo para llegar al mismo resultado, el empleo de seis personas.

La prensa del *New-York Sun* es la primera construccion de su especie, y ha dejado muy atrás, por la rapidez, por la belleza y la perfeccion del trabajo, todo lo que se ha hecho hasta el día.

La máquina consta de dos cuerpos: se sube al segundo por medio de escaleras colocadas á los dos extremos, y todo alrededor corren estantes, sobre los que se sostienen los obreros.

El aspecto de este imponente aparato cuando está en movimiento, se niega, dice el *Sun*, á toda descripcion; la pluma no sería capaz de dar de él una exacta idea. Los pliegos circulan, van, vienen, se imprimen y se amontonan con la rapidez del relámpago. La estension de las ruedas, la celeridad de sus aspas, el movimiento de los brazos y de las mil partes de la máquina, le dan la apariencia de la vida, de la animacion y de la inteligencia. Segun los fabricantes, consta el aparato de 6,200 tuercas, 1,200 ruedas de todas dimensiones, 202 rodillos de madera, 400 poleas, 400 guías, y un incalculable número de pequeñas piezas.

El taller donde está colocada la prensa de vapor del *New-York Sun*, consiste en una estensa sala de 140 pies de largo por 20 de ancho y alto: es el mas espacioso de todos los que existen en los Estados-Unidos.

Desde el día que se puso en movimiento esta inmensa máquina, es considerable el número de personas que concurre á examinar la maravillosa rapidez del trabajo, así como tambien la belleza de la obra de MM. Hoe: los curiosos se suben sobre los estantes ó plataformas que guarnecen la máquina, para estudiar el detalle de sus operaciones.

El *New-York Sun*, que es hoy uno de los periódicos mas esparcidos en los Estados de la Union, pues necesita una tirada de cincuenta mil ejemplares, está en su décimoquinto año de existencia. Ha empezado, segun sus propias palabras, por ser un sucio y reducido papel, poco mayor que un pliego comun, con una letra bastante abultada; el contraste en el día es muy notable, porque dicho diario tiene un tamaño de 63 centímetros de largo

por 45 de ancho, y está impreso á ocho columnas de 200 líneas, cada una de 40 letras.

La edicion por su nueva prensa nada deja que desear en el aspecto tipográfico del *New-York Sun*, que á pesar de los caracteres casi microscópicos de la tipografía americana, presenta una admirable limpieza y no ofende nada la vista.

Si bien no aventaja en esto á los demás periódicos de Amé-

rica, el *Sun* no se intimida ante considerables sacrificios por obtener mejoras que satisfagan al público; preciso es decir tambien que allí se toma todo en cuenta, y que no hay país donde el éxito sea mas fácil, y en el que con mas certeza se halle una recompensa á los esfuerzos que se ponen en juego: ¿quereis no obstante que os haga una reseña de los cuantiosos dispendios que hace el *New-York Sun*, ya que de él se trata ahora? Pues este diario gasta en papel, por ejemplo, 150,000 dollars al año (3.078,000 rs.) en renovar caracteres, por término medio, 10,000 dollars (215,000 rs.) y en sueldos á los redactores, correspondientes, administradores etc., 80,000 dollars (1,642,000 reales). Todo esto es ampliamente remunerado por el público, que en los Estados Unidos no es insensible nunca á los inteligentes esfuerzos que se hacen para complacerle.

El *New-York Sun* ha dado una espléndida comida para celebrar la inauguracion de esta prensa gigantesca. Mr. Richar Hoe, el constructor, ha recibido, como debe suponerse, los honores de la fiesta. Se dirigieron invitaciones á todos los hombres notables de las ciencias, de las letras y de la política, y casi todos han tenido una satisfaccion en aceptar este convite. La reunion era numerosa, dice el *Sun*, la aparicion de esta *montaña de hierro*, que así llama este periódico á su prensa, ha escitado la mayor admiracion, especialmente á las personas estrañas á los sorprendentes progresos que la imprenta ha hecho en estos últimos tiempos. La prensa funcionó delante de este gran concurso, y sus dueños llevaban la complacencia y la amabilidad hasta el extremo de detener la máquina ó ponerla en movimiento, para satisfacer la curiosidad de los que querian verlo todo hasta en sus menores detalles. Poco á poco fueron retirándose los convidados para reunirse en los vastos salones de la fonda Astor, donde se habia levantado una inmensa mesa, magníficamente servida. En cada uno de los estremos del comedor estaban colocados los diseños de todas las prensas construidas por MM. Hoe, desde la mas pequeña de mano, hasta el coloso que acaba de adquirir el *Sun*. El banquete estuvo bajo la presidencia del honorable M. Moses Beach, y entre los vicepresidentes figuraba el general Georges Morris. El primer brindis fué dirigido al presidente de los Estados Unidos, el segundo al gobernador del Estado de Nueva-York: M. Richard Hoe obtuvo un sinnúmero de frenéticos aplausos y de brindis; la prensa, como medio de difusion para las luces, no ha sido olvidada. Los brindis se hicieron interminables. Sabido es el fanatismo que los americanos profesan á este género de ejercicio: los brindis en los Estados Unidos no cesan sino cuando el último orador no tiene quien le escuche.

CANTOS POPULARES DE SUECIA.

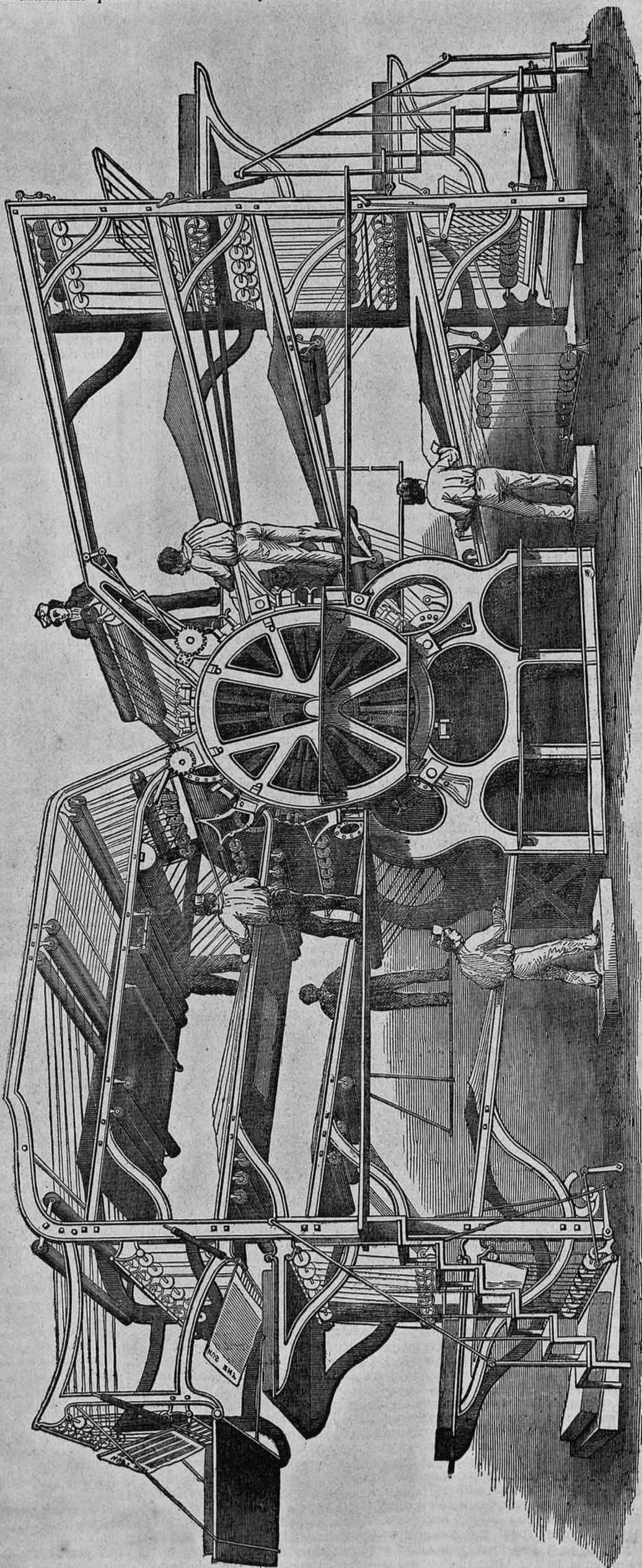
El joven de Rosengad.

—¿Dónde has estado tanto tiempo, joven de Rosengad?—Madre mia, he estado en la cuadra.—¿Qué has hecho en la cuadra?—He dado agua á los potros.—¿Por qué está tu pie ensangrentado?—Porque el potrero negro le ha pisado con el suyo.—¿Por qué está tu espada teñida de sangre?—Porque he muerto á mi hermano.—¿Qué partido vas á tomar ahora?—Voy á marcharme de este país.—¿Qué harás de tu muger?—Se ganará la vida hilando.—¿Qué harás de tus hijos?—Irán á mendigar de puerta en puerta.—¿Cuándo volverás?—Cuando el cisne sea negro.—¿Cuándo será negro el cisne?—Cuando el cuervo sea blanco.—¿Cuándo será blanco el cuervo?—Cuando vuelen las rocas.—¿Y cuándo volarán las rocas?—Las rocas no vuelan nunca.

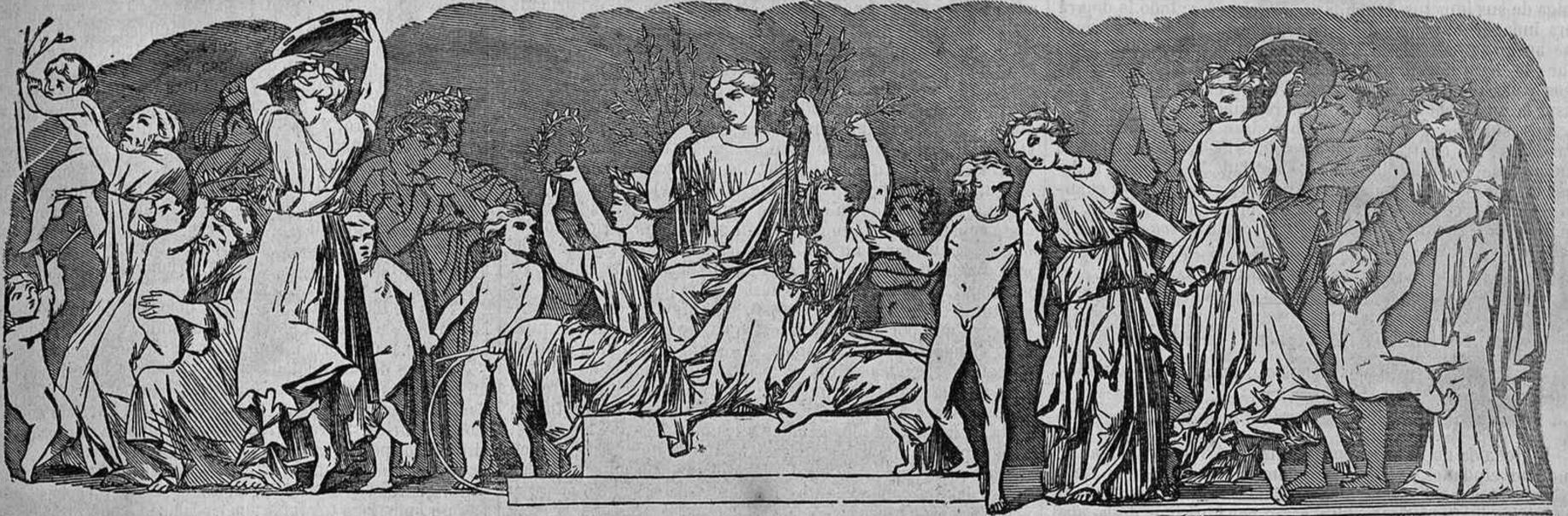
CANTOS POPULARES DE LA TINLANDIA.

Los tres pensamientos.

Desde la azotea de la torre elevada, tres jóvenes hermosas dirigen sus miradas al mar; tres velas se adelantan hácia la costa. La mayor de las tres hermanas esclama:—Ahí está nuestro padre que vuelve de las playas lejanas. Somos tres hermanas; tres capitanes mandan los buques. El primero que entre en el puerto obtendrá mi guirnalda de rosas si la desea. La otra hermana dice:—El segundo que entre en el puerto obtendrá mi ramillete de flores si le desea. La menor dice:—Al tercero que entre en el puerto le daré un beso cariñoso si es mi amigo.



LA ILUSTRACION, SUPLEMENTO.



Ceremonia de la presentación de S. A. R. la Princesa en la capilla de Palacio.

EL EMPERADOR NICOLAS.

Si hubierais concurrido al teatro Imperial de San Petersburgo, cualquiera de las noches en que Rubini cantaba, ó bailaba la sílida Taglioni, habriais podido admirar, en el palco del centro, el busto hermoso de un hombre, que á pesar de haber pasado ya del meridiano de la vida, aun conserva en la vista y movimientos la agilidad y lozanía de la juventud mas florida. La idea que generalmente domina la imaginacion de los viajeros en Rusia, es la del despotismo aristocrático de la nobleza, y la fantástica y sombría austeridad de un monarca absoluto. Bajo la influencia de esas preocupaciones, hubierais prescindido quizás de los indicios que sobre la condicion ó categoría de las personas que escitan la curiosidad, suelen dar el sitio en que están, las circunstancias que las rodean, los emblemas que las revelan, y hasta las miradas pertinaces de la multitud indiscreta, y os hubierais figurado que la familiaridad del hombre que veiais reir tan de corazon, hablar con tanta llaneza, y seguir con gozo infantil todos los movimientos de la escena, seria, cuando mas, alguno de esos ricos señores del imperio que viven retirados de la corte en el fondo de su lejana provincia, y que solo dejan sus tierras, sus siervos, sus visitas de castillo en castillo, una vez en la vida, para ofrecer su respetuoso vasallaje al soberano. Aquel hombre sencillo, jovial, modestamente vestido, sin una banda sobre el chaleco blanco, sin placa ni cinta en el frac azul, quitándose á menudo los guantes para lucir con incontestable coquetería una mano perfectamente torneada y blanca, hablando con las hermosas damas del palco vecino, y gesticulando con los que estaban de pié en el fondo del suyo,—aquel hombre no era otro que S. M. imperial, Nicolás I, autócrata de todas las Rusias.

Pero no es esa la luz á que debe mirarse el retrato del actual emperador. Donde su persona aparece con todas las ventajas y desventajas de su indisputable realidad, es al frente de las tropas. Figuráoslo en la revista del Campo de Peterhoff.

La estatura de Nicolás, que es casi de seis piés, y la armonía del cuerpo, que es proporcionada á la estatura, podrian sugerir á los artistas la idea de un Hércules; pero con perdon del bello sexo, lo colosal de la mole no basta para

constituir á un hombre hermoso, y el emperador, visto de dia, carece de la elegancia y delicadeza de formas que son la esencia de la belleza. Un escultor podria hacer con semejante modelo un Milon ó un San Cristóbal; pero nunca sacaria un Aquiles. El emperador es alto, bien formado, regular en sus proporciones, y eso le da un aspecto imponente en traje militar, pero cierta obesidad anticipada aumenta el carácter de vulgaridad que se nota en el conjunto de su figura, completando la afectacion estudiada con que lleva la cabeza. y la seriedad teatral del semblante, lo que sus cortesanos llaman la *majestuosidad* del Czar. Sin embargo, ese aire no le está mal: las posturas y ademanes que suelen hacer ridículos á los hombres pequeños, sientan bien á las personas gigantes: la aristocracia de la estatura tiene tambien sus privilegios. Los inteligentes en equitacion encuentran á S. M. algo tímido y embarado á caballo, notando que cuando el animal es brioso ó inseguro, podria sospecharse que algunas horas de picadero calman y disminuyen su nativa pujanza, antes que lo monte su señor.

El semblante de Nicolás revela, con la costumbre del mando y una voluntad sin obstáculos, la satisfaccion orgullosa, el contentamiento de sí propio. En los ojos del príncipe se podrian percibir los destellos de la sensibilidad sin desarrollo; pero en los del soldado solo domina una dureza inflexible, espresada con miradas severas y frias. La parte inferior del rostro, demasadamente abultada y maciza, la cortedad de la nariz, y cierto empastamiento de las mejillas y la barba, que hace resaltar mas la prolongacion excesiva del labio superior, indican el predominio de los instintos materiales sobre la inteligencia, la predileccion de la forma en todo, y la falta de elevacion tanto en los sentimientos como en las ideas. La redondez de la cabeza, que el pelo muy corto deja mas á descubierto, lo derribado de la frente, y el ensanchamiento lateral hácia la parte posterior de las orejas, acaban de fijar su aspecto glacial, que no se templan, mientras viste el uniforme, ni con un relámpago de benignidad, ni con un soplo de compasion: sus ojos ven, no miran: su boca se abre, no se despliega: la fisonomía de un autómeta no es mas inanimada: el despotismo encarnado se ha revestido de las formas humanas de Nicolás. Sus enemigos dicen que nada le lisonjea tanto como el que le tengan miedo; y que quien se atreva á mirarle de hito en hito jamás logrará su favor. Cuando se le ha visto en

el seno de la vida doméstica, justo será apelar del príncipe soldado al príncipe hombre, si aquel no es por desgracia el hombre y este la máscara.

Nicolás I es hijo del emperador Paulo I y de la princesa de Wurtemberg, su esposa, tan feo él de cuerpo y alma, como hermosa de alma y cuerpo la emperatriz. De esta union nacieron Alejandro, que se parecia á la madre; Constantino, que era el retrato del padre; Nicolás, que tiene mucho de esta, segun sus amigos, en lo físico, y mas de aquel, segun sus detractores, en lo moral; y Miguel, que nada ha sacado de uno ni de otro. Algunos han exagerado ciertos ímpetus del carácter vivo de Nicolás, recordando maliciosamente cierta escetricidad harto comun en los miembros de esta familia. «Paulo, dicen, murió loco; Alejandro acabó sus dias en una situacion mental muy extraordinaria; en Constantino se han advertido siempre señales de un cerebro descompuesto; y la desigualdad de carácter, la violencia de lenguaje, su conducta política, su odio absurdo á toda reforma, por necesaria que sea, pronostican que al fin llegará Nicolás á ese estado intelectual que, si no es la demencia, es á lo menos una verdadera enfermedad.»

La educacion del Czar ha sido tan descuidada como la de sus hermanos. Fué su preceptor un suizo de cortísima capacidad, que solamente le enseñó la lengua francesa, y sin duda pegándole ese acento ginebrino que le notan los parisienses. Por lo demás, la posee muy bien, segun el testimonio de los inteligentes, como la poseen todos los individuos de las familias aristocráticas rusas, si bien parece que S. M. I. ha estudiado mas sus giros familiares que sus bellezas literarias: así está perfectamente iniciado en el estilo de la gandulería de Paris, y mas de una vez se le escapan en las conversaciones amistosas, espresiones y frases que huelen singularmente al taller y á los billares. La manía de imitar á las naciones cultas, es un rasgo característico de todos los pueblos atrasados, y como es mas fácil copiar lo malo que lo bueno, de ahí el remediarlas desgraciadamente en los resultados mas frívolos de la civilizacion.

Mientras reinó el emperador Alejandro, su hermano, el gran duque Nicolás, no pasó del grado de general de division, y en el ejercicio de las funciones de ese empleo, ha debido contraer la pequenez de espíritu, y cierta predileccion á la carrera de las armas que ha llevado luego á la preferencia mas ridícula y funesta. Su pasion exagerada por las minuciosidades resalta particularmente en cuanto concierne á la milicia y al continente militar. Se trata de quitar ó de añadir una hormilla á los botines, de ensanchar una línea las barras ó las vueltas de un uniforme, de elegir el color de un pantalon, de mezclarle la placa á un chaocó, de determinar el corte del bigote, ó de examinar cualquiera otro punto de tamaño importancia, S. M. el emperador de todas las Rusias se reserva entonces la deliberacion sobre materias tan arduas, y resuelve por sí mismo el problema con una sagacidad que honraria á un capitán de vestuario.

Por lo demás, la minuciosa atencion con que el emperador Nicolás se ocupa de cuanto se refiere al aspecto militar del soldado, se ve caricaturada hoy en países mas adelantados, por los que han hecho degenerar la pasion mas noble y generosa en un *caporalismo* tan mezquino y estéril como ridículo y molesto. En Rusia ese esmero, que ha sido comun á todos los emperadores, se disculpa, si no se justifica, con la necesidad de sostener el gobierno por medio de la fuerza brutal. ¿Qué extraño es que Pedro III no se hallara sino en medio del ejército; que Paulo I llevara esa predileccion hasta el delirio; que Nicolás haya heredado con las mismas ideas los mismos sentimientos?

A falta del ojo de campaña, S. M. posee la visual de un sargento: dificilmente se le escaparia, en una formacion de diez mil hombres, un boton á medio abrochar ó la mas ligera mancha en el cañon de un fusil. Las delicias del emperador sin embargo son las maniobras: las maniobras son su pasion. Nadie entiende mejor que él la educacion del soldado; nadie lo arrienda mejor. Entre sus manos el hombre se transforma, se embrutece militarmente, se vuelve un autómeta. El mismo da el ejemplo, manejando el fusil con una destreza maravillosa, y ofreciendo el dechado mas perfecto de un granadero, inmejorable cuando se hecha el arma al hombro. Es menester ser justos: no se puede mover mejor un cuerpo de tropas ni mandar con mas elegancia. Por eso, despues de la campaña de Turquía, ha tenido la buena inspiracion de renunciar á dirigir las operaciones de la guerra, y se ha limitado á presidir las maniobras en los campos de parada.

Por último, en cualquiera circunstancia que el emperador

oiga un tambor ó divise un uniforme, estad seguros de que no habrá negocio ni ceremonia, interés ni deber que lo distraiga de sus impetus é inclinaciones militares: todo lo dejará para indagar el motivo del ruido, la causa de la aparición. Ese apego extraordinario á todos los detalles del servicio militar, lo han hecho tambien escrupuloso observador de los usos y ceremonias de la etiqueta. Ni aun en la iglesia dejará pasar la mas leve infraccion á los reglamentos.

Los súbditos del autócrata no podrán comprender nuestras ideas, tan contrarias á la disciplina de cuerpo de guardia que pesa sobre su inteligencia y voluntad. Nosotros no podemos comprender tampoco que el hombre crea que vive cuando está convertido en una máquina sometida á las reglas de un maniaco, á quien preocupan sin cesar la escuela del soldado y los campos militares de parada.

EL MARQUÉS DE TABUERNIGA.

LA VILLA Y CORTE DE MADRID

Á MEDIADOS DEL SIGLO XVIII.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

Si todavía no hubiéramos alcanzado á ver en algunas de nuestras ciudades y villas, especialmente de Castilla la Vieja, Estremadura y Galicia, el espectáculo que podría ofrecer un pueblo de los tiempos primitivos, ó por lo menos de la edad media, abandonado absolutamente al instinto individual de sus moradores, desnudo de todas las condiciones materiales de comodidad y halago, y desprovisto, en fin, de todo cuidado y auxilio de parte de la pública administración, no sería posible formar una idea siquiera aproximada del aspecto miserable de la villa imperial y coronada de Madrid, no solo al tiempo del establecimiento en ella de la corte española á mediados del siglo XVI, sino dos centurias despues, en el período de 1750 á que hoy alcanza nuestra vista retrospectiva.

Hemos observado en el artículo anterior la incorrecta disposición de sus calles, la discordante y mezquina perspectiva de su caserío, interrumpido únicamente de vez en cuando por tal cual mediano templo, por tal cual estenso monasterio que con las cercas de sus huertas contiguas, y el privilegio de impedir levantar á las casas fronteras pisos dominantes, acababan de hacer solitario, triste y peligroso el tránsito; la escasez ó absoluta carencia de plazas y paseos interiores, de fuentes y monumentos públicos, de toda idea, en fin, grandiosa y monumental. —Vamos ahora á ver si todas estas ausencias estaban en algun modo neutralizadas por el celo de la administración, por el cuidado del vecindario, por el orden, comodidad y aseo propios de una buena policía urbana. Abramos para ello todos los libros de la época, y mas especialmente el manuscrito que anteriormente hemos citado, y muy pronto hallaremos la verdad en toda su lamentable desnudez.

Aquellas calles estrechas, tortuosas y costaneras, apenas podían decirse empedradas si hemos de atender á los términos en que hablan de ello las Ordenanzas é Instrucciones de 1743 al 47, y hasta el reinado de Carlos III que adoptó y llevó á cabo en 1761 el proyecto del ingeniero Sabatini para el empedrado y limpieza de Madrid, que mal ó bien llegó á establecerse en los términos (bien mezquinos por cierto) en que aun le hemos conocido á principios del siglo actual. —La numeracion de las casas tampoco se verificó hasta 1754, y aun entonces, lo fué por el mal sistema de dar vuelta á la manzana, que ha durado hasta nuestros días y ocasionaba tan considerable embrollo, por la coincidencia muy frecuente de los mismos números en una calle. —No existían sumideros ni alcantarillas subterráneas para la necesaria limpieza; las inmundicias que arrojaban de las casas por las ventanas, y las basuras amontonadas en las calles convertían á estas en un perpétuo y sucio albañal. —No habia mas alumbrado que el de algunas luces que se encendían á las imágenes que solía haber en algunas esquinas, ó tal cual farolillo que se colgaba de los cuartos principales de las pocas casas que los tenían y cumplían con los bandos. —Las fuentes públicas, pocas y escasas; los mercados, reducidos á miserables cajones, la plaza Mayor y algunas plazuelas, y á tiendas ambulantes en las esquinas, apellidadas *bodegonas de puntapié*, desprovistos todos hasta de lo mas preciso, y sujeto el vecindario á los abastos y tasas, y á acudir á los sitios privilegiados donde se despachaba el pan, la carne y los demás alimentos, en limitadas proporciones y á los precios del abasto. —Por consecuencia de todo aquel desorden y abandono, las calles inundadas de mendigos de día, de rateros por las noches, sin verse el transeunte protegido por la vigilancia de serenos (que aun no existían) ni ninguna otra precaucion de parte de la autoridad. Todo aquel que por necesidad ó por recreo habia de echarse á las calles despues de cerrada la noche, tenia que hacerlo bien armado, y dispuesto además con el auxilio de alguna linterna; y las señoras que iban en silla de manos á las tertulias, debían hacerlo precedidas de lacayos con hachas de viento, para pagar las cuales solía haber en las puertas y escaleras de los grandes señores cañones ó tubos de fábrica, en forma de apagador, de que aun puede verse una muestra en la casa del señor marqués de Santiago, carrera de San Gerónimo.

Pero nada nos hará formar una idea mas cabal del estado lamentable de la policía urbana de Madrid en aquella época, que el escuchar al anónimo autor del MS. ya citado, el cual, con fecha 19 de noviembre de 1746 (el mismo año en que entró á reinar Fernando VI), la reseñaba completamente en su extenso informe al gobernador, y de que extractamos los siguientes párrafos.

«Dicen los que han viajado por las cortes, que en algunas nunca hay noche, porque jamás oscurece, tanto es el cuidado de suplir con luz artificial la falta de la del sol. El pensamiento es muy racional y muy cristiano, porque la noche es capa de facinerosos... Esta providencia, que en todas cortes es muy justa, en la nuestra es sumamente necesaria, porque en esta mas que en otra alguna son frecuentes los robos y los insultos, y la lobreguez ayuda mucho para ellos; tambien favorece á la lascivia, y nuestra corte está en este vicio lastimosa. En atencion á esto se tomaron algunos años há distintas disposiciones, mas todas fueron inútiles; se echaron varios bandos, mas siempre sin efecto, porque se burló de las disposiciones la inobediencia, ó fué un

remedio insuficiente. Mandóse poner faroles en los balcones de los cuartos principales, y solia haber tanto claro entre uno y otro farol, que en poco se remediaba la oscuridad. Los pobres que no pueden costear esta luz, están por su pobreza exentos de la ley, y sea por esto ó por aquello, ó que se procedía con descuido, no tenia Madrid mas luz que la del día, y por la noche apenas se distinguía de una aldea. Para ocurrir á una fealdad tan perniciosa á las costumbres y seguridad de la república, pudiera imitarse la práctica de París, donde cuelgan los faroles en distancias proporcionadas, y queda la villa no solamente lucida, sino segura. Esto pudiera verificarse por asiento, etc.

«La limpieza de la corte se ha hallado hasta aquí como imposible, porque aunque se han presentado varios proyectos para su logro, no han tenido efecto alguno; y por esto, no solamente es Madrid la corte mas sucia que se conoce en Europa, sino la villa mas desatendida en este punto de cuantas tiene nuestro rey en sus dominios, y es hasta vergüenza que por descuido nuestro habite el soberano el pueblo menos limpio de los suyos.» —(Aquí se estiende el autor en consideraciones sobre las malas consecuencias de tal desaseo para la salubridad pública, y otros perjuicios, entre los cuales enumera el de que el aire inficionado toma y tiñe la plata de las vajillas, los galones y los bordados de los trajes, diciendo con mucha candidez.) «Un vestido de tisú, que en otro pueblo pasara siempre nuevo de padre á hijos, en Madrid debe arrimarse antes del año y hacerse otro, porque con la mayor brevedad deja de ser tisú, y es un tizon.»

«Hace sucio á Madrid lo que se vierte por las ventanas» (continúa nuestro discreto y anónimo escritor de 1746), y dícese que es muy difícil remediarlo; pero no confundamos lo difícil con lo imposible, y tengamos presente que si se quiere de veras, se puede remediar; la prueba evidente es que en otros pueblos no hay esta suciedad. Sin embargo, haciéndome cargo de lo arduo de esta empresa, diré que aunque ninguno hay que no desee la limpieza de Madrid y vitupere su piso y empedrado, estos mismos si se les incomoda con el gasto ó con la obra, serán los mayores impugnadores de su remedio. Muchas cosas sin embargo se pierden, no porque no se puedan alcanzar, sino porque no las osamos emprender, y todo lo puede vencer el espíritu y perseverancia de un ministro sostenido por la voluntad de su rey; y á la verdad, el que consiguiese el fin, sería digno de inmortal alabanza, porque sería hacer corte á Madrid... Comprendiendo esta importancia, Sevilla, Toledo, Valencia y otras ciudades, han tomado tales providencias que solo por noticias de Madrid conocen la inmundicia; pues ¿per qué no imitaremos su buen gusto teniendo tan cerca de nosotros mismos el ejemplar? —El escritor se estiende luego en tratar de este ramo de policía de las ciudades, recordando y describiendo las cloacas máximas de Roma, los comunes públicos y sumideros de Sevilla, las alcantarillas de Toledo y las grandes obras subterráneas de Valencia; y propone en su vista los medios convenientes para imitar respectivamente á los diversos sitios en Madrid, obras análogas, con lo que podría prohibirse en adelante verter á las calles, y si solo por los comunes y pozos de las casas, poniéndoles en comunicacion con aquellas, concluyendo sus juiciosas observaciones con estas palabras: «Bien conozco que para todo esto es menester mucho; pero lo que no se emprende no se logra, lo que no se empieza no se acaba.»

Trata despues de los caminos del término y de los paseos estramuros de Madrid, y de todas sus indicaciones se deduce la absoluta carencia que habia de ellos, y que el acceso á la capital del reino por todos lados era obra verdaderamente de ánimos heroicos. —Las escarpadas cuestas sobre que asienta el Real Palacio, la de la Vega, las de las Vistillas y del puente de Toledo, estaban á lo que se infiere del autor poco menos que inaccesibles á seres humanos: no existía ninguna de las cómodas bajadas, caminos y paseos que hoy las facilitan y trasforman. Tampoco los que dan vuelta á Madrid por toda la ronda: á la salida de la puerta de Atocha no habia tampoco el paseo llamado de las *Delicias*, y solo si el asqueroso arroyo ó manantial que venia descubierta por todo el Prado viejo; y además se queja el autor de que á dicha salida hacia los hospitales se arrojaban ó depositaban los escombros de las obras, formando tales alturas que estrechaban y reducían á un callejón el camino real; tampoco existía el canal de Manzanares, ni habia sobre el rio mas que los dos puentes de Segovia y de Toledo. —Desde el Retiro á la montaña del Principe Pio, no habia tampoco paseo alguno, ni mas camino que el de Alcalá y el de Francia; tampoco la bajada al rio por la cuesta de Areneros, ni los paseos de la Florida, Nuestra Señora del Puerto y bajada de San Vicente. Por todo recreo y desahogo quedaba á los tristes habitantes de Madrid el paseo del Prado viejo en los términos en que ya le hemos descrito refiriéndonos al siglo anterior, y los jardines del Buen Retiro, aunque estos mas que paseos públicos tenian entonces el carácter de parques y dependencias del real sitio, en que casi constantemente residió durante su reinado Fernando VI.

Seguendo luego nuestro autor su apreciable revista, trata del empedrado diciendo: «Tambien el empedrado de la corte está tenido por una de las grandes dificultades; poca ó ninguna habrá que tengan para ello situado tan crecido, y sin que nada le baste, está una mitad mal empedrada, y la otra sin empedrar. Pónense las piedras con las puntas hacia arriba, porque suponen que se quebrantarían las piedras, si las pusieran en otra forma; pero siendo esta forma tan ofensiva á los cascos de las bestias, vienen á causar su estrago. Aun esto se pudiera tolerar, si no padeciese tambien la gente de á pié, pero se lamentan á todas horas de tener los piés mortificados por caminar por suelos puntiagudos, de que se originan molestias que aunque no matan atormentan. Lo peor es que ni aun á este coste se logra el intento, porque siempre tiene el suelo muchos claros: de todo esto tiene la culpa la mala piedra que se gasta, y el abuso que he observado algunas veces de componer las calles con las piedras que se encuentran, sin traer otra alguna, y supliendo con tierra la falta de ellas; pero si en esto se imitase la moda de la corte de París, nos fuera mas útil y acomodado que imitarla en la moda del vestido. Usáse allí y en algunas calzadas camineros de Francia, una piedra en figura cuadrada, del tamaño de un pié, y las colocan tan perfectamente unidas, que parecen sola una; pero con una aspereza tan á propósito en su su-

perficie, que siendo muy suave para la gente de á pié, es bastante detencion para que los caballos no puedan resbalar. No sucede con aquellas piedras lo que con las que usamos en España: con estas se ve que en quitándose una de su lugar, se lleva otras muchas tras sí por falta de trabazon: con aquellas sucede que en quebrándose una se pone otra, sin que padezcan las compañeras, y tiene otra utilidad mas este modo de empedrado, y es que gastada una piedra por un lado, se pone por el otro, y vuelve á servir de nuevo, de forma que en la conveniencia y en la duracion lleva muchas ventajas al nuestro este modo de empedrar. Si esto pareciese de excesivo coste para Madrid, háganse á lo menos los empedrados por cajones, con piedras mas grandes que las que hoy se usan, las puntas hacia abajo y los anchos arriba, bien unidas y de la aspereza que se ha dicho; y puestas así en buena forma las calles, dése en arriendo la contribucion (1) de ellas, etc.»

Tras de todos estos radicales defectos de que adolecían las calles de Madrid en el pasado siglo, y como si ellos no bastasen para hacerla indigna morada de los monarcas, corte y gobierno de sus dilatados reinos, todavia describe el autor otros abusos escandalosos que acababan por darle el aspecto de una aldea miserable, ó mas bien de una burgada del interior del Africa. Sirva de muestra el siguiente que escogemos entre otros por no cansar la atencion del lector.

«Para que sea una corte embarazosa, le basta su numerosa gente, sus carrozas, sillas de mano y coches, y este es un embarazo tolerable; pero Madrid tiene otros muchos que por ningun caso toleraria la policía de otros pueblos. — Los cerdos que llaman de San Anton, se han hecho famosos por la atencion que han merecido, no solamente á la corte, sino aun á la Real cámara por via de patronato. Ellos se pasean en crecidísimo número por el lugar, sin limite conocido de la jurisdiccion, y sin que sus dueños (que son los padres de San Antonio Abad) tengan para ello mas que un privilegio mal entendido, segun dice la sala de Alcaldes, porque solo se estiende su facultad á pastar en las dehesas de Madrid. Los inconvenientes de este abuso son tan abultados que no es menester decirlos, porque todos vemos que con ellos no hay empedrado seguro; porque revolcándose en la hediondez, hacen todavia peor el olor de Madrid; porque acosados y huyendo de los perros hacen caer á muchos; porque introducidos entre las mulas de los coches, hacen muchas veces que aquellas se disparen; y en fin, otras perjudiciales resultas que sería razon evitar. Los tales cerdos privilegiados acuerdan (acarrear) los *chirrones*, que sin duda se conservan por esta razon; estos, destrozando los empedrados, producen un ruido insoportable, y parece estan reducidos á transportar solo hasta 30 arrobas, acaso por lo mucho que pesa el carro. Pues ¿para qué se ha de conservar esta anti-gualla, y no se ha de examinar, oyendo á los peritos, cómo se podrá remediar esto y sustituir en su lugar lo que sea mas útil?... Buena prueba son los carros catalanes que pocos años há se introdujeron en la corte, y hoy los usan todos, porque con sus tres mulas puestas una detrás de otra, y con el auxilio que facilita su construccion, traen de 80 á 100 arrobas cada uno de Barcelona á Madrid, etc.»

Entrando en fin el autor en mas amplias y trascendentales reformas, discurre luego sobre la que cree posible, la traida de las aguas del de Jarama á los altos de Santa Bárbara; sobre la apertura del canal de navegacion desde Madrid á Aranjuez; sobre la ereccion de algunos edificios públicos de absoluta necesidad en una corte; sobre el levantamiento (por cierto bien escusado) de una cerca ó muralla bastante fuerte; sobre el del puente que atravesando la calle de Segovia una los barrios de Palacio y de San Francisco; sobre la rotura de paseos alrededor de la villa y otras obras; y en punto á buena policía propone entre otras cosas la prohibicion de la capa y chambergo que entonces parece era de uso casi general; la de usar mas de dos mulas en cada coche ó carroza; el planteamiento del servicio de *fiacres* ó coches de plaza, como ya existía en París; la reforma del ramo de abastos de comestibles, como la entendían en su tiempo; la ampliacion y conclusion del pósito y alhóndiga, y la formacion de otros depósitos de aceite y carbon; y para atender á todo ello acude á las sisas de la villa de Madrid. Propone además la reforma completa del ramo de hospitales, hospicios y demás casas de beneficencia; y por cierto con muy preciosas observaciones, que han quedado sin aplicacion hasta estos últimos tiempos; y termina con ellos la luminosa memoria ó discurso que nos ha guiado principalmente en la rápida reseña que dejamos hecha de la villa de Madrid á mediados del siglo último.

Tal era (segun el testimonio fehaciente de un testigo presencial y sin duda autorizado), el estado material de la capital de dos mundos, de la que además de sus poderosos dominios peninsulares, daba reyes á Nápoles y á Sicilia, vireyes á Méjico y á Lima, gobernadores y leyes á otros muchos pueblos en las cuatro partes del mundo conocido. Solo remontando nuestra consideracion al lamentable atraso é imperfecta cultura de la época que nos ocupa, á sus escasas y mal propuestas necesidades, á la ignorancia ú olvido de los principios de una buena administración, pueda concebirse semejante abandono, tan miserable existencia en un pueblo principal, en tiempos normales y abundantes, en que estaban apuntaladas las henchidas tesoreras, en que la paz interior y exterior no fué interrumpida por medio siglo.

Por fortuna de Madrid, al arribar á sus puertas el día 9 de noviembre de 1759, el gran Carlos III, para sentarse en el trono español, hubo sin duda de llamar su ilustrada y soberana atencion el ignominioso cuadro de una corte tan descuidada y poco conveniente; y á la mágica voz con que en su anterior reino de Nápoles supo imprimir su nombre y su grandeza á aquella hermosa capital, supo elevar á Caserta y desenterrar á Herculano, hizo como á este salir á Madrid, si no de sus ruinas, por lo menos de su letargo; y no solo le

(1) Otro siglo entero ha trascurrido desde que el autor que transcribimos hacia estas preciosas observaciones respecto al empedrado de Madrid, para que sus autoridades se convenciesen de la necesidad de seguirle al pié de la letra, adoptando el empedrado de adoquines de herroqueña, ó por lo menos de pedernal recortado y sentado sobre lecho apisonado. Mas á pesar de las preocupaciones y vulgaridades de los críticos de todo lo bueno, Madrid disfruta hoy en su mayor parte de esta comodidad.

engrandeció con todos ó casi todos los palacios y edificios públicos mas importantes que hoy ostenta, sus hermosos paseos, jardines, fuentes, puertas y avenidas, sino que llevando á mas elevado punto sus miras generosas, creó sus establecimientos principales de pública instruccion, correccion y beneficencia; estableció academias y museos, colegios y cátedras públicas; fundó las diputaciones de los barrios y sus escuelas; mejoró considerablemente los pósitos, los hospitales y hospicios, y protegió de todos modos las artes, las ciencias y la laboriosidad. En cuanto á la comodidad de los habitantes, á su seguridad y recreo, ocurrió con el establecimiento de los vigilantes nocturnos (serenos), y el de un regular alumbrado; la limpieza y empedrado de la villa sufrió tambien una completa reforma, si no perfecta, por lo menos muy adelantada sobre la que existia: por consecuencia tambien de sus sabias disposiciones se reformó el sistema pernicioso de abastos, y consiguió que Madrid estuviese abundantemente surtido; así como por otras acertadas medidas dirigidas á la buena administracion de la villa, pudo al fin hacer que esta se elevase, si no á la altura de tan gran monarca, por lo menos á la del título de capital: todo esto en pro comunal, y como dice la bella inscripcion que D. Juan Friarte colocó sobre la portada del Botánico: *Civium salute et oblectamento.*

R. DE MESONERO ROMANOS.

LAS MUGERES EN LA CHINA.

No existe tal vez en el mundo un pueblo que sea tan universalmente conocido como el chino. Es original: á ningun otro se parece, y sus inmutables costumbres le han revestido de una especie de uniformidad que choca y admira al primer aspecto. Todas las caras chinas se han vaciado, al parecer, en un mismo molde: el peinado, el corte de sus trajes, las actitudes, el calzado... todo es igual hace muchos siglos.

Las mugeres tienen naturalmente el cutis blanco, pero á pesar de esto lo bañan con una mezcla de leche y albayalde, y para que sobresalga mas su blancura, á la cual dan grandísima importancia, se tiñen de un encarnado subido las mejillas, las encías y los labios.

Los ojos de las hijas del Celeste Imperio son pequeños y ovalados: solo conservan de las cejas una línea curva sumamente angosta, y muchas veces las afeitan del todo, reemplazándolas con una hoja de sauce, en cuyos adornos saben desplegar mucha habilidad y un verdadero talento. Llevan la frente descubierta, echan los cabellos hácia atrás, y los arreglan en muchas trenzas, que les caen sobre los hombros y espaldas. Son muy apasionadas de las flores: ricas y pobres adornan con ellas la cabeza en todas las estaciones, pues cuando no las tienen naturales, las ponen artificiales: no usan otro tocado que su propio pelo, dispuesto como queda dicho, sobre el cual se echan un velo para salir de casa.

Las damas de la corte y de alto rango son las únicas excepciones de esta regla, pues se adornan con un gorro de terciopelo negro lleno de pedrería. Las jóvenes solteras tampoco llevan el pelo levantado como las demás mugeres, sino trenzado y caído por ambos lados del rostro.

Las chinas tienen generalmente los brazos largos y flacos, las manos pequeñas, los dedos delgados y provistos de uñas de una longitud desmesurada. Las dejan crecer indefinidamente, y para resguardarlas de cualquier accidente que pudiera romperlas, las sostienen por medio de zarpillas de plata, que colocan por debajo con la mayor destreza.

La moda de las uñas largas no ha adquirido todavia en Europa toda la perfeccion necesaria; pero algunas elegantes las usan, porque sin duda las miran como la mejor defensa de una virtud recelosa.

Nadie ignora que el pié de las chinas es ridiculamente pequeño; debiera decirse con mas razon que tienen unos piés bárbaramente estropeados.

No bien empieza á andar una niña, cuando se le doblan los dedos de los piés, ligándolos con cintas de seda muy apretadas: solo el pulgar permanece libre. Resulta de esta operacion que, no recibiendo los dedos el jugo alimenticio indispensable para su desarrollo, nunca llegan á adquirir el tamaño natural: el pié se conserva pequeño, pero sin gracia, de modo que únicamente el pulgar hace que no se parezca á una ostra ó al casco de un caballo, asemejándose por el contrario á las botas proverbiales del famoso Sakoski, supuesto que estas no servian para andar. Las chinas sin embargo, obligadas por la necesidad, los emplean en este uso vulgar: padecen mucho, pero al fin cojean y dan saltitos.

Las damas tártaras nunca han querido sujetarse á esta costumbre, y en cuanto á las mugeres que se ven precisadas á ganar su vida con un trabajo diario y penoso, no podrian someterse á ella, aun cuando quisieran: tambien son las únicas que usan medias.

Las que han adquirido la dolorosa ventaja de tener piés pequeños, se crearian deshonradas si se pusiesen medias: las recompensan con cintas angostas de seda que rodean al pié y á la pierna: sus zapatos siempre son de tela, con la suela blanca, gruesa, ancha y ligera, compuesta de papeles pegados unos sobre otros y cubiertos por debajo con un pergamino. Este calzado tiene la misma propiedad que los piés que lo usan y las botas de Sakoski: no sirve para andar. Por esta razon, aunque poco sólido, dura mucho tiempo.

La robustez es en la China un título ventajoso entre los hombres; pero se considera un defecto entre las mugeres. Todo el empeño de estas consiste en conservar un talle esbelto y elegante, mas no se doblegan, como las europeas, á los tormentos del corsé.

Sus trajes son de corte sumamente sencillo, y no gastan ropa blanca interior: lo primero que se ponen es una red de seda, de la misma hechura que los demás vestidos; por encima se echan una especie de chupa, y se ciñen un pantalón á la cintura, sujetándolo sobre los tobillos. Un vestido de seda de mangas anchas, sujeto al talle por un cinturon, oculta en parte estas prendas, las cuales son forradas de pieles en invierno. Las diversas partes que componen este traje no son de los mismos colores, y en la eleccion de estos se revela el buen gusto de las mugeres.

La vida de una china no agradaria mucho á nuestras conductoras europeas.

En primer lugar, los chinos consideran como una desgracia el tener muchas hijas, y se dice, aunque no creemos que sea cosa muy probada, que los padres, á quienes la ley otorga derecho de vida y muerte sobre su primogenitura, abusan de él con frecuencia ahogando las hembras en cuanto nacen. Sea de esto lo que fuere, parece indudable que el nacimiento de una niña mas bien entristece que alegra á su familia.

Desde la edad de siete años no ven apenas á un hombre las hijas de los mandarines ó de los ricos, y aun cesan de comer y de conversar con sus propios hermanos.

A los doce años dejan de salir de casa y de presentarse en público, y solo pueden ver á las personas estrañas á través de celosias ó de cortinas, pero sin ser vistas. Para observar lo que pasa en la calle colocan en la parte exterior de las ventanas unos espejos, de modo que puedan reproducir en otro interior todos los objetos.

Se da á las jóvenes una educacion apropiada á su condicion futura. Aprenden á hilar, á tejer seda y lana, á bordar, á pulsar una especie de laúd, á dibujar flores y á ofrecer sacrificios á las divinidades. Por lo demás son completamente ignorantes, pues ni aun saben leer ni escribir: su educacion por lo tanto no es larga ni difícil, y se concluye por lo regular á los quince años; entonces empiezan á disfrutar las jóvenes de todos los privilegios de las mugeres formadas.

Sin embargo, no pueden casarse hasta que cumplen veinte años.

Son infinitas las formalidades que acompañan á los matrimonios.

Por lo pronto, los futuros esposos cambian recíprocamente regalos, que se arreglan de antemano por medio de un ceremonial riguroso.

El novio envia á su prometida grandes empanadas, que tienen la estravagante y fantástica figura de dragones y de pájaros, como los que vemos pintados en las porcelanas chinas, frutas en dulce, y como parte mas sustanciosa, bolsillos repletos de oro.

La novia regala á su futuro hermosos y ricos trajes, en los cuales ha desplegado todo su talento de bordadora.

Hasta aquí todo sucede poco mas ó menos como en Europa; pero hé aquí que la escena cambia.

La prometida se ve precisada á manifestar el mas profundo dolor, porque va á dejar á su familia: debe llorar todas las noches durante los diez dias que preceden á su casamiento. Sus hermanas, no menos afligidas, están asimismo obligadas á verter amargas lágrimas de sentimiento.

Llegado el dia del casamiento, al mediodía en punto conducen á la novia á su futura morada en un palanquin cubierto con cortinas encarnadas, acompañándola un numeroso y brillante cortejo de parientes y amigos. A dicho palanquin siguen otros muchos, en que van las mugeres de las dos familias. Los criados llevan con gran pompa los regalos hechos á la desposada, entre los cuales, además de los objetos que quedan mencionados, figura cierto número de gansos vivos, porque en la China se consideran estas aves como modelos de dulzura y de fidelidad.

Los palanquines de etiqueta y los criados se alquilan para estas circunstancias.

El futuro esposo espera á su prometida en medio de sus parientes y amigos; cuando le anuncian que va á llegar, sale hasta la puerta á recibirla.

Hasta ahora todos son preparativos; nada se ha concluido definitivamente. El futuro no ha visto á la novia, y esta, temblorosa y desolada, tampoco ha divisado á su dueño, ni aun sabe si llegará por fin á ser su esposa.

El marido se acerca al palanquin, levanta las cortinas y contempla á la que le dan por compañera. Si le parece hermosa, si le agrada, da orden de abrir toda la puerta principal; si por el contrario no le satisface la primera entrevista, hace una señal á los conductores del palanquin para que desanden lo andado, y queda nulo el proyecto de matrimonio. El partido es desigual, porque la muger no tiene el derecho de desechar al novio, aun cuando sea horriblemente feo y disforme.

Si la puerta principal se abre, pasa la novia á la sala de honor: allí le quita el marido el velo que la cubre, y despues de beber en la copa de la *Alianza*, se la presenta. Concluida esta ceremonia, queda celebrado el matrimonio.

Entonces empiezan los banquetes de boda, porque ya se sabe que en ningun país hay bodas sin banquetes.

Las mugeres se regalan juntas en el interior de la casa, y los hombres en los patios y jardines.

Los recién casados comen, separados de los demás, en una misma mesa, y allí van los convidados á despedirse antes de retirarse.

Desde aquel dia ningun hombre puede ver á la nueva esposa, á escepcion de su padre; tampoco ella puede hablarles sino á traves de una celosía ó detras de una cortina.

Trascurrido el dia de la boda, se entrega la novia enteramente á su nueva familia; apenas ve á la suya propia, porque sale poco, y mucho menos si pertenece á una clase elevada. La reclusion prueba grandeza y opulencia, y esta preocupacion se halla tan arraigada en la China, que las mugeres se imponen, por vanidad, un aislamiento mucho mayor que el que los hombres exigirian de ellas.

El doctor Morisson refiere que muchos casamientos se arreglan por medio de los papeles públicos, en los cuales se indican la familia, las prendas y la edad de la joven. En ellos se encomian tambien el color de sus cabellos, la blancura de su cutis, la pequeñez de sus piés, etc., etc. Por lo visto, los casamenteros europeos no son mas que plagarios: en China sin embargo solo acuden á estos medios los hombres muy ricos, que no queriendo separarse de sus hijas prefieren introducir un yerno en su familia.

Cuando muere una joven antes de llegar á los diez y nueve años, se saca su retrato y lo envian al designado para esposo suyo, quien lo recibe con todas las ceremonias del matrimonio: hecho esto lo queman. El que se dice su marido eleva un mausoleo á la memoria de la muger que debió pertenecerle.

La muger, sea cual fuere su rango, disfruta mayor consideracion cuando permanece viuda. No puede atribuirse este sacrificio á la esperanza de gozar mas amplia libertad,

porque las viudas no hacen en las China otra cosa que cambiar de esclavitud. Vive bajo la dependencia de su hijo mayor, ó vuelve á la de su padre.

Las mugeres nunca asisten al teatro; pero si en su casa se da algun espectáculo, pueden asistir á él detras de celosias; de este modo presencian tambien los banquetes y regocijos de los hombres, pues el inconveniente no está en que ellas vean á estos, sino en que sean vistas por ellos.

Los chinos pueden tener concubinas, pero nunca poseen mas que una muger propia.

La esposa legítima es el ama de la casa y de todas las mugeres que pertenecen á ella.

Las mugeres de todas condiciones se acostumbran á fumar, como los hombres, y llevan siempre pendiente de su cinturon una bolsa para tabaco, junto á la que contiene el pañuelo y el braserillo que encierra el negro de Arak. Tambien llevan un estuche con el abanico, que manejan con mucha gracia: por eso tienen todas una gran coleccion de ellos.

Las chinas aparentan mas compostura que las europeas, pues nunca se descubren el cuello ni los brazos: sus túnicas y sus chupas son siempre cerradas; y sus mangas anchas y largas, no solo ocultan los brazos, sino tambien las manos. Hemos dicho que aparentan compostura, porque no consideran la castidad como virtud, y únicamente la estiman por lo que contribuye á su satisfaccion ó á su propio interés. Los chinos exigen que sus mugeres sean castas por un sentimiento de celos, y cuidan de sus hijas, porque esperan hallar así mas fácilmente para ellas maridos ricos.

Los padres que no abrigan estas pretensiones se ocupan muy poco de la conducta de sus hijas y casi las estimulan al desorden.

Aunque en China pasan mala vida las mugeres, mucho peor es la que arrastran en Cochinchina. En este punto no se contentan con hacerlas esclavas y venderlas; los hombres las traspasan unos á otros, y las alquilan, como en Europa los carruajes y caballos.

Las mugeres de la clase baja son apreciadas como bestias de carga, en razon de su fuerza y robustez, y los hombres las tratan poco mas ó menos como aquel marido que decia á su cara mitad: «Me he casado contigo para ser feliz, y mi felicidad consiste en no hacer absolutamente nada.» Los de Cochinchina emplean á sus mugeres en los trabajos mas penosos. Uno de ellos, por ejemplo, se sienta en el carro, mientras la muger tira de este, unida al lado del búfalo.

Recuerdos del placer.

Pasaron!... pasaron como las ilusiones de la infancia las breves horas de un placer que ya no existe. ¿Y qué me queda de él? Recuerdos tristes; deseos del pasado, que son los mas tiránicos para el alma. La dicha que auguramos, el brillante porvenir que finge nuestra mente, será tal vez una quimera, mas hay una esperanza de que puedan realizarse; pero el placer que ya apuramos no deja esperanza alguna de que vuelva á aparecer.

Las aguas del arroyo corren constantemente alejándose siempre de la fuente productora; tal los dias de nuestra existencia huyen rápidamente separándonos mas y mas de la cuna. Pero las aguas llegan al mar, se deshacen en vapores, cruzan el espacio en grupos de pequeñísimas perlas, y vuelven á caer á la tierra, renovando incesantemente el caudal de los rios; la naturaleza no presenta mas que una sucesion indefinida de la materia en variables y pasajeras formas. Una cosa sin embargo se destruye completamente; pasa sin que jamás vuelva á aparecer de nuevo: el tiempo. Conjunto negativo de dias que ya no existen, sigue sin detenerse un camino que no volverá á pisar. Semejante á los sonidos que al perderse en el espacio mueren enteramente, el tiempo desaparece para siempre, arrastrando consigo los dias de nuestra existencia.

Felices nosotros si al hacerlo no dejamos nada tras de sí; mas así como el leon huye herido, deja marcada su ensangrentada huella sobre las arenas del desierto; así el tiempo nos lega para atormentarnos los recuerdos, esa triste historia de nuestro corazon. ¿Donde están las aguas químéricas del olvido? Hermoso sería apurar un vaso tras de cada hora de nuestra vida. Pero el hombre ha recibido el pensamiento como el don mas precioso, y el pensamiento es el tormento del hombre. El nos presenta donde quiera tanto los pesares como los goces que hemos tenido; y es bien triste que al hacerlo trace con tintas mas sombrías las horas de bonanza que los dias de dolor. ¡Ay de aquel que al morir recorre con su pensamiento los placeres que en otro tiempo disfrutara! Porque tan terrible es el recuerdo de un goce que pasó, como es lisonjera la esperanza de un placer que aun no hemos probado.

¡Pobre frente mia! ayer descansaba dulcemente sobre el seno de una virgen hermosa, y hoy se rinde bajo el peso de los pensamientos que la devoran; ayer mis ojos se estremecían de entusiasmo al hallar otros ojos que revelaban amor y felicidad, y hoy mis ojos se clavan fijamente en el suelo sin mirar el suelo; ayer mis labios balbuceaban trémulos escasas frases que manifestaban un mundo de sentimientos, y hoy mis labios se niegan á espresar los conceptos de mi alma dolorida. ¿Qué me queda del ayer? Un recuerdo del dia que perdí, y un paso mas en la carrera de la vida.

LA MAGDALENA.

¿Por qué llora esa muger? Perdida en el laberinto de las pasiones desbordadas, quiere levantar su alma del lodazal impuro á que los desórdenes la han arrastrado. ¡Imposible! Tras el crimen momentáneo del hombre está la eternidad del castigo. Tras la pérdida de la virtud, la indeleble mancha de la inhabilitacion. Los hermosos colores de la flor se desvanecen para siempre, y la mas abundante lluvia no volveria á la rosa la frescura y lozania que el sol la arrebató. Lo que fué es imposible que no sea, y todo el poder de los cielos no seria capaz de dar á esa muger la pureza que perdió. Es bien triste nuestra condicion. Impelidos por una fuerza desconocida, y caminando por una senda tambien desconocida y llena de pre-



Sillon de tapicería.

¡Llorar!... Su frente está ya marchita, su tez pálida y arrugada, sus ojos hundidos y cercados de una cinta de morado oscuro: su mirada sin brillo parece retratar las apagadas sensaciones de su alma; y el estremecimiento convulsivo de sus cárdenos labios revela los internos dolores de su corazón. Y sin embargo era hermosa... pero el crimen es el pintor más terrible de la humanidad.

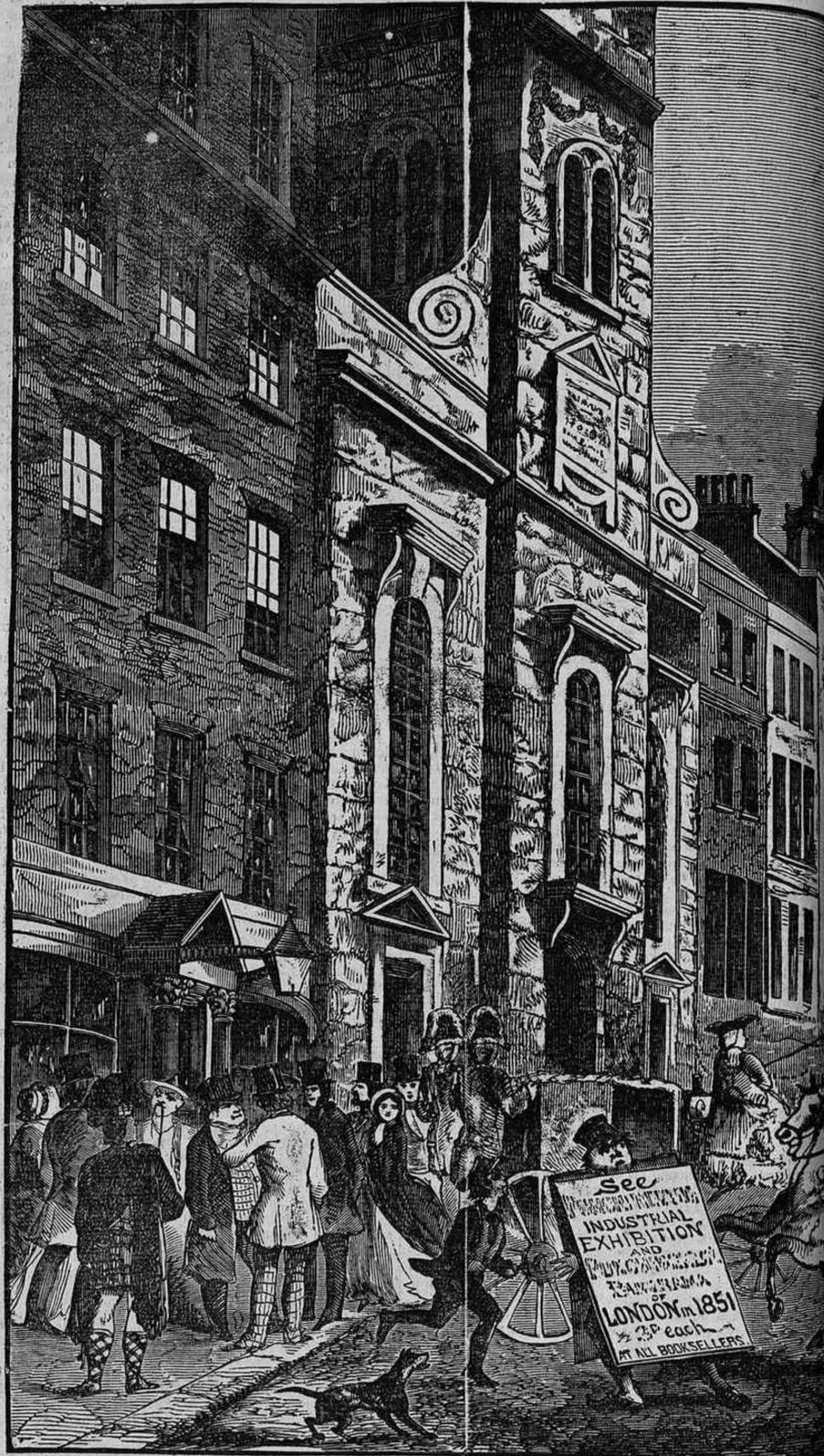


Grupo de fuerza.

¡Llorar!... Su frente está ya marchita, su tez pálida y arrugada, sus ojos hundidos y cercados de una cinta de morado oscuro: su mirada sin brillo parece retratar las apagadas sensaciones de su alma; y el estremecimiento convulsivo de sus cárdenos labios revela los internos dolores de su corazón. Y sin embargo era hermosa... pero el crimen es el pintor más terrible de la humanidad.



Europa.—Canastillo de flores



Aspecto de las inmediaciones de San Pablo en la temporada de la Exposición Universal.

embargo era hermosa... pero el crimen es el pintor más terrible de la humanidad. ¡Llorar!... Los años malditos de tu juventud perdida vienen ahora en tropel á lacerar tu alma. Ellos seguirán paso á paso tu existencia; porque los días de maldición que hemos atravesado son la sombra de los días que corremos; el pasado es la sombra del porvenir. Si pudieras hacer retroceder tres años y volver á empezar la carrera de la vida, tu pesar sería menor. Entonces, dices—entonces mi alma



Camafé.

ma sería fuerte, y defendida contra el crimen, atravesaría una existencia pura y libre de remordimientos. ¡Quimera! Si cien veces cruzaras el sendero de la vida, cien veces caerías en el vicio y la corrupción. La naturaleza quiso hacer de la mujer una flor delicada que la menor ráfaga de viento hace inclinar al suelo. Te hallas al fin de tu camino y te espanta el abismo que te cerca. Eres un cervatillo que perseguido por los cazadores llega al borde de un precipicio que no se atreve á salvar; mira y se estremece del peligro,

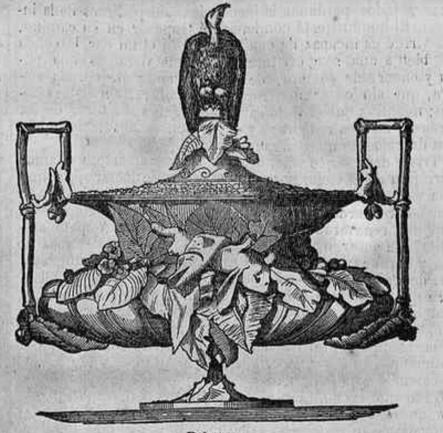


corre á uno y á otro lado, escucha atentamente el ladrido de los perros, aulla, se esconde entre el ramaje, vuelve á salir, y cuando ve la imposibilidad de librarse de sus perseguidores, se arroja de repente y cae rodando á sepultarse en el fondo de la montaña. También tú, acosada por los remordimientos, has llegado al término de tu carrera, y allí aturdida quieres ocultarte á tus mismos ojos, lloras, tuerces á uno y otro lado, hasta que al fin hayas de saltar el borde del precipicio; de ese precipicio que es para la vida el in-



Camafé.

sondable abismo de la eternidad. En vano vuelves tu vista hácia atrás, y saltando por encima del oscuro campo de tu juventud, vas á buscar en tu infancia el recuerdo de un momento feliz. ¡Ay triste! que esos días de ventura huyeron para siempre; aquella pura edad dorada del hombre, no volverá jamás. Nacemos para vivir andando, y la inexorable ley de la naturaleza no nos permite un momento de descanso. ¡Quién pudiera detenerse en la infancia para no seguir adelante en la carrera de la vida! El paraíso no era si-



Pebetero.

no un emblema de la infancia; salimos de aquel cuando dejamos esta. Entonces, muger, eras hermosa porque eras inocente. La aurora al aparecer en el oriente tñe las nubes de riquísimos y transparentes colores, embellece el horizonte, perfuma los campos y da á las



Estatua equestre de Napoleón.

auras esa esquisita pureza matinal: la aurora es la sonrisa del Criador, y la infancia no es sino la aurora de la vida. No vayas, no, en pos de tales recuerdos; porque la inocencia que perdiste sería el acibar más amargo para tu vida. ¡Ay de mí! todos buscamos esos momentos de felicidad pasada; porque todos,



Asia.—Canastillo de flores.

muger, todos perdimos la inocencia al despedirnos de la infancia. El hombre está condenado á tropezar en su camino, y la virtud es incapaz de conducir hasta el fin por la senda del bien á una sola criatura. Porque la virtud es una pávida y encorvada sombra, de adusto ceño y de mirada severa, que sin cesar nos reprende y contraría nuestros deseos; mientras que el vicio es una imagen seductora, de faz hermosa, de ojos radiantes, y cuyos sonrosados labios oprimen dulcemente nuestro corazón.

Triste debe ser tu vida, muger. Tal vez amaste, y el amor te arrojara en el vicio; porque el amor es el néctar riquísimo de la vida, que puede sin embargo convertirse en hediondo lodo. Los recuerdos confusos del bien y del mal, agolpados á tu mente, renovarán incesantemente tu dolor. Y para aumentar ese pesar maldito, ese pesar sin fin que destroza tu alma y oprime tu pecho, verás á tu lado bellísimas mugeres, ricas de amor y tesoros de pureza. Tal vez alguna de ellas, jóven que empieza la vida y que sienta el primer movimiento de amor, de ese amor que es una ilusión vaporosa que se deshace indefinidamente en nuestro sueño, para dejarnos dormir tranquilos; tal vez se acerque á tí para confiarte aquel sentimiento que ella no comprende, sentimiento de pureza, de castidad y de delicia.

¿Por qué escondes el rostro entre tus manos? ¡Oh! ¿temes que esa niña descubra la causa de tu rubor? ¡Infeliz! En medio de tu vergüenza y de tu dolor, ves ya muy lejos las horas de tu ventura, conoces la gran pérdida, el gran vacío de tu corazón; vuelves tu rostro para esquivar las miradas de los demás: te irrita oír hablar á la inocencia, y cuando escuchas á aquella cándida jóven revelarte su pasión, exclamas entre sollozos y con acento tristemente desgarrador: «Yo también he sido pura...» Y el dolor ahoga tu voz.

¡Ay de la muger á quien la conciencia quiera levantar del cieno donde ha caído!

P. A. CARDANO.

EL RUBIO DE NAMUR.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR ENRIQUE ZSEHOCKE,

y vertida directa y libremente al castellano

POR SANTOS FERNANDEZ LINARES.

CAPITULO XIII.

La duquesa de Melfi.

Como había anunciado el ugiar, presentóse en efecto una hermosa jóven, cuyas gracias no podrian describirse sin que fuese reconocida del lector, lo cual es fuerza evitar. Vestía una ligera bata de tan rica tela como buen gusto, que delineaba al desnudo los mas preciosos y delicados contornos. Hizo una espresiva seña á la cohorte, y todos se retiraron, haciendo profundas inclinaciones de cabeza.

Si grande había sido la sorpresa que á L' Blond le causara cuanto acababa de ver y oír, no fué un punto menor el asombro que experimentó al ver acercársele una jóven tan bella como desconocida. Deshaciase en cortesías y reverencias, y aun hizo movimiento como de implorar perdón, si bien no se sabe de qué falta; pero su voz espiró antes de articulada, y no se le oyó siquiera una palabra. Adelantóse hácia él la duquesa, y dando á su mirada una espresion de indefinible dulzura, apoyó sus blancas manos sobre el hombro de L' Blond, y le contempló fijamente largo rato.

—¿Cómo te sientes hoy, querido mio? dijo por fin la duquesa. ¿Verdad que pronto estarás enteramente bueno, y no pensarás mas en tiendas de encajes, en María, encantadores ni escavaciones de tesoros, de que no has cesado de hablarme durante medio año? ¿Qué placer tendria en que pudiésemos regresar pronto á París, á la corte del rey! Y á propósito: ¿sabes que hoy mismo he recibido cartas de la duquesa de Nemours, en que me encarga le informe minuciosamente del estado de tu salud?

—¡La duquesa de Nemours! balbuceó L' Blond, á quien la proximidad de la hermosa jóven, la amable familiaridad con que se apoyaba en sus hombros, su tierna mirada y dulce voz le habian conmovido extraordinariamente, haciéndole salir fuertes colores al rostro. Señora, lo cierto es que no sé nada de cuanto por mí pasa, y casi me siento inclinado á creer en brujerías. Suplico á usted pues por lo que mas ame en el mundo, me saque cuanto antes de esta penosa duda. Referiré á usted c por b la historia de toda mi vida hasta hoy, y entonces podrá juzgar de mi actual estado. Comenzóla á contar en efecto, mas á las pocas palabras:

—¡Dios mio! exclamó la de Melfi con acento de profunda tristeza, que se retrató al par en su semblante; eso mismo me lo has referido ya un millón de veces, y fué la causa de nuestra venida á este retiro, teniendo que abandonar á París por dictámen de los facultativos de cámara de S. M., á fin de que recuperases tu preciosa salud bajo la impresion de nuevos objetos. Tranquilízate pues, y evita en lo posible pensar en esos fatales ensueños que tanto me han atormentado. Reconoce al menos tu verdadera posición, y no me aflijas con tales rarezas. ¿Me das palabra de hacerlo así, querido mio?

—Señora, repuso L' Blond entre enternecido y fascinado: vuestros mas ligeros deseos serán ley para mí. Pero no puedo menos de creer sino que estoy realmente loco ó encantado, ó bien que usted y todos los de su casa lo estan, pues le juro por mi honor que jamás he sido y ni aun he pensado en ser duque. Mi nombre es L' Blond, y mi profesion comerciante de sedas y encajes, establecido en Namur. Tengo...

—¡Dios mio, Dios mio! exclamó de nuevo la duquesa con muestras de inquietud: ¿así cumples tus palabras? Acabas de prometerme que serias en adelante razonable, y veo que todo ha sido en vano, pues te empeñas en no reconocermelo.

Movió L' Blond la cabeza como si quisiera deshechar una pesadilla, restregóse fuertemente los ojos, miró atentamente á la duquesa, y creyó recordar la fisonomía y aun el timbre de voz de su bella interlocutora.

—Me parece, dijo, que en otra ocasion he tenido ya el honor de estar en vuestra compañía; mas no puedo persuadirme...

—Gracias, Dios mio, gracias! exclamó la duquesa con voz solemne y conmovida. Ya empieza á volver á la razon. ¡Cuánto tiempo hace que no te he oído hablar de ese modo! Pero ha sido preciso resignarse. Paciencia, que dentro de poco recordará todo lo demás. Mira las lágrimas de gozo que derraman mis ojos: sigue mis consejos: destierra de tu mente esos fantasmas y extravagantes ensueños que perturban tu juicio, y cuida de no comprometerte con ellos delante de los criados, pues no sabes el daño que con eso me causas. Tú eres el duque de Melfi, sí, y yo tu esposa, ¿estas? ¡Cuán feliz podria yo ser sino fuese!

—¡Yo el duque de Melfi... yo vuestro esposo!... señora... precisamente he de estar loco para dar crédito á semejante cosa.

—Sí, querido mio; ¿pero sabes en qué consiste tu locura? en no querer creerlo nunca que te lo he dicho, en intentar arrojarte por las ventanas ó en dar á correr furioso por el bosque. Así es que he tenido que cerrarlo todo, poner rejas á los balcones, y guardas tras de la puerta de tu aposento: si, en haberme querido una vez asesinar... tan poco me ama!!!

—Señora! exclamó fuera de sí L' Blond, arrojarme yo por las ventanas!... asesinar á usted... oh! no, no puede ser... Pero siento que se me va la cabeza... ¿cómo habian de ocurrirseme tan fatales ideas?...

—Tranquilízate, duque, todo pasó ya, y yo me daré por muy contenta si me prometes no volverme á asustar mas.

—Os doy mi palabra, señora.

—Y yo espero que la cumplirás fielmente, que no volverás mas á hablar de semejantes tonterías, ni menos que te pongas en ridículo ante los criados, sino que de aquí mas solo serás el duque de Melfi, mi esposo, en fin, lo que eres en realidad.

—A la verdad que en este momento no sé realmente quién soy... Llévase el diablo al caldeo y sus brujerías; pero os prometo ser lo que vos queráis.

Arrojóse entonces la duquesa trasportada de júbilo al cuello de L' Blond, y sus labios de carmin se reunieron un momento con los del Rubio. Un torrente de fuego pareció correr por las venas de este, y aunque con timidez no tardó en corresponder á tan buena muestra de ternura y agradecimiento.

CAPITULO XIV.

El duque de Melfi.

Por mas que L' Blond se esforzaba en familiarizarse con su nuevo y brillante estado, no podia menos de espresarse su admiracion de vez en cuando al contemplar la magnificencia de cuanto observaba en su derredor. Pero siempre que prorumpia en exclamaciones de tal género, asegurando formalmente que en su vida había visto tanto lujo, le tapaba la boca la duquesa recordándole el cumplimiento de su promesa.

No comprendo, decía para sí un día en que se encontró solo largo rato recostado muellemente sobre un rico y bien mullido canapé, ni una palabra de toda esta comedia en que al parecer hago de protagonista, ni menos la intencion con que puede jugarse así conmigo, ó si es que ese maldito nigromante, ese caldeo que Dios confunda me tiene aquí encantado. Mas fuerza es resignarse á ver el desenlace, porque esto no puede durar eternamente. Iba á proseguir en sus meditaciones, pero recordando lo que Abubeker le dijera acerca de otro que encontrándose en idéntico caso le había cogido un desmayo de que no volvió en todo un mes, y que durante él había disfrutado de los mas dulces ensueños: Sería cosa de ver, dijo, que estuviese yo también desmayado sobre el miserable jergon del cazador, y el buen caldeo junto á mi cama esperando mi resurreccion, mientras que aquí me obligan quierias que no á ser duque. Pero ¿qué me importa? lo cierto es que por ahora no me va mal: con que adelante, y veamos en qué viene á parar tan extravagante farsa.

No está de mas añadir, que si bien L' Blond era naturalmente tímido, merced al cristiano recogimiento en que había sido educado, como no tenia un pelo de tonto, una vez que se decidió á representar el papel de duque, lo hizo á las mil maravillas, ofreciéndole solo tal cual dificultad su posición con la duquesa, á quien respetaba demasiado para osar mirarla con la libertad que correspondia á un esposo. Mas la dulce afabilidad de esta y las ternezas que de continuo le prodigaba, le fueron poco á poco allanando el camino, hasta hacerle un tanto atrevido.

El castillo de Charmes se hallaba situado sobre una alta roca en medio de un inmenso bosque, y en paraje tan solitario, que ninguna habitacion humana se percibia en toda la estension que dominaba. Sus muros estaban bastante deteriorados y aun casi derruidos algunos lienzos, y cortada la roca en derredor por un ancho y profundo foso con puente levadizo, circuyendo las habitaciones interiores angostas é interminables pasadizos, tan oscuros de trecho en trecho, que muchos de ellos se veían constantemente iluminados con luz artificial. De manera que el lúgubre aspecto del exterior formaba sorprendente contraste con la régia magnificencia de los salones y cámaras interiores, al par que con el buen gusto y esplendidez de las comidas. Tres criados y dos doncellas, el médico que ya conocemos, y un viejo administrador y mayordomo, á quien es de presumir había hecho casi perder la vista el polvo del archivo, dos cocineros y varios mozos de escaleras abajo, formaban la pequeña corte de sus señores.

Sin que sea nuestro ánimo tachar á L' Blond de veleidoso, fuerza es decir sin embargo que nada le interesaba tanto como la duquesa. No podia menos de confesar era en extremo amable, y solo le aquejaba persistiese en la incomprensible manía de llamarse su esposa, y mas aun de prodigar tantas caricias á quien no lo merecia, pues sabida es su modestia. Pero ya se había comprometido á pasar por ello, y era preciso no afligirla. La de Melfi por su parte no pudo ocultar su gozo al ver á L' Blond constituido en verdadero duque, tanto en su tono con los criados como en todas sus maneras. Cada tres horas le suministraba con sus propias manos la medicina prescrita por el médico, y el nuevo duque había de tomarla por no desazonar á su amable enfermera, á pesar de que á su ver se hallaba perfectamente bueno. Colmó de alabanzas al doctor, ponderándole los prodigiosos efectos de su noble arte, de los cuales nadie como él dudaba sin embargo, pues en medio de todo sentía que el error estaba necesariamente de parte de los demás, si bien no podia darse cuenta

de qué modo ni por qué medios había ido á parar á una región de tan propicias hadas.

Mas fuerza es confesar que se acostumbró tan pronto á este nuevo método de vida, que á los pocos dias no parecia sino que desde niño estaba habituado al magnífico ocio de que á la sazón disfrutaba. Su esposa aparecia ante sus ojos cada vez mas hermosa, y aun la memoria de María, como que se iba poco á poco apagando. Así vivió trascurrir con prodigiosa rapidez uno y otro dia y uno tras otro mes. La música, la caza, el ajedrez y los naipes, constituian su ocupacion ordinaria. La duquesa montaba perfectamente á caballo, y tiraba mucho mejor que el torpe duque; pero tambien en esto fué adquiriendo poco á poco gran maestría, lo cual tuvo la de Melfi por un nuevo triunfo, puesto que se complacia siempre en decir que su esposo había sido el mejor tirador de toda la corte, habiéndole dado el mismo rey inequívoco testimonio de ello, al decir que nadie le igualaba en la caza, cuando mató no sé qué ciervo en el parque del duque de Orleans.

L' Blond, aunque daba su asentimiento á estas y otras mil aseveraciones de su esposa, al escucharlas se le veia sin embargo rascarse cómicamente la cabeza, y aun solia decir entre sí:—Mientras mas me esfuerzo en darme cuenta de lo que por mí pasa, menos lo entiendo; pero lo que parece indudable es que soy un loco rematado.

Leíale frecuentemente la duquesa cartas de varios príncipes que le felicitaban por el restablecimiento de su salud, y lo que le parecia aun mas descabellado, tenia que contestar á príncipes y princesas, y hasta al mismo Luis XIV, como á un amigo muy antiguo: si bien es cierto que esto solia proporcionarle muy buenos ratos á la de Melfi, pues el estilo del comerciante de sedas de Namur, no siempre estaba en armonía con el del cortesano del castillo de Charmes.

CAPITULO XV.

En que se refieren cosas hasta aquí no dichas, aunque con toda la prudencia que requiere un secreto.

A pesar de ser enteramente nuevo para L' Blond cuanto oía, veía y tocaba desde su llegada á las misteriosas ruinas de Saint Valerien des Anges, no observó lo mismo en el decurso de las estaciones, sino que á los crudos hielos del invierno sucedieron las benéficas aguas de la primavera, se dejó oír el canto de las aves, se vieron florecer las praderas y revestirse de rico follaje el desnudo ramaje de los añosos árboles del bosque; con lo cual se despertaron tan al vivo en la memoria del Rubio los gratos recuerdos de su cenador de jazmin, los encantos de María y las lecciones de italiano, y le ocasionaron tan grande deseo de volver á disfrutar de sus pasadas glorias, que el magnífico palacio de Charmes no le parecia ya sino cárcel con doradas rejas.

Mas si hemos de dar cumplido crédito al curioso observador cuyas notas copiamos, necesario es convenir en que no se hubiera fugado de semejante cautiverio, aunque hubiese estado á su alcance, porque mas que los candados, rastrillos y puentes levadizos, le tenían aprisionado los encantos de su sin par castellana. Amaba sinceramente á su esposa, y este sentimiento creció de punto desde que un dia entre sonrojada y confusa le confesó creía llegarían pronto á cumplirse sus mas ardientes deseos, pues no podia dudar que iba á ser madre. Nada hubo para él entonces de mas precioso en el mundo; y si alguna vez se le representaba muy al vivo la seductora imagen de María, rechazaba con energía tal pensamiento como un grave pecado.

Tambien parecia haberse aumentado la ternura de la duquesa respecto á él desde tan solemne confesion; pero el terso cristal de sus ojos se dejaba ver una vez mas que otra empañado por un aire de inesplicable melancolía, que fué tomando incremento de dia en dia. Veíasele muchas veces contemplar en silencio largo rato al de Melfi, y prorumpir de repente en fuerte llanto, que en vano procuraba contener; siendo tambien inútiles cuantos esfuerzos hacia este por consolarla: sus caricias parece que aumentaban su pena, y si preguntaba la causa de tan extraña afliccion, no oía mas que ingeniosos pretestos con que procuraba ocultarla. Determinóse por último á consultar al médico; pero este le contestó con maliciosa sonrisa, que semejante melancolía era muy fácil de explicar, teniendo en cuenta el interesante estado de la duquesa, sin que fuese de temer ningun riesgo acerca de su salud.

Por conveniente que tan buena razon pareciese á S. E., si observaba con mayor detencion á la duquesa, parecia que sus lágrimas y ternísimas caricias revelaban cierto secreto particular que no le era dado comprender, y hasta le oyó una vez proferir algunas palabras misteriosas que en vano se esforzó en comprender.—Por lo mismo que se han visto cumplidos todos mis deseos y soy en este momento muy feliz, me ahoga sin embargo la tristeza. Sí... dijo con voz profundamente conmovida la duquesa.

Una noche en que no se desprendió un momento de los brazos de su esposa, y en que sus lágrimas y alegría cambiaban como el sol y la lluvia en marzo, se atrevió L' Blond á insistir de nuevo en que le revelase el secreto de su afliccion; pero solo pudo conseguir que le dijese:—Bien, mañana lo sabrás todo, ya que tanto te empeñas en aumentar mi pena; mas por ahora es preciso que tengas paciencia.

Despertarse al siguiente dia y pensar en la revelacion del ansiado misterio, fué obra de un momento. Mas ¡oh extraordinaria sorpresa! Encontróse sobre un miserable colchon tendido en el suelo, y en vez de los magníficos cuadros que un tiempo ornaban las paredes de su estancia, solo distinguió los negridos y rotos tapices de la sala donde estuvo la célebre noche de la escavacion del tesoro. Veíase aun arder en la chimenea unos pocos carbonos; apareciendo en último término el viejo cazador echado de pechos sobre una ventana, quien luego que notó que L' Blond estaba despierto, se dirigió hácia la puerta, y pronunció en voz bastante clara estas palabras:

—Monseñor, ya se ha despertado.

Entró á poco el caldeo, y acercándose al de Melfi y tocándole suavemente en el hombro:—¿Cómo se siente usted? le preguntó con dulzura.

—Bastante bien, si no fuera por un ligero dolor de cabeza. Pero ante todo espero me haga usted el favor de explicarme dónde estoy, ¿qué diablos de transformaciones son estas?

—Se halla usted en Valerien des Anges.

Pero ¿y mi castillo, mi esposa la duquesa de Melfi, y mis

criados?—Una estrepitosa carcajada fué la contestacion del caldeo.

—Parece que todavía continúa usted soñando, aunque le veo con los ojos abiertos. Mas, dejémonos de tonterías y hablemos con formalidad. Tome usted esta medicina, que le hará recuperar pronto sus fuerzas, porque no es tan pequeña broma haberse llevado tres meses durmiendo. ¡Cuánto nos ha hecho usted pasar! Con que, vamos, tome esta bebida y adelante.

Resistióse al principio el Rubio á tomar la pocion; pero cuando se le dijo que nada sabria hasta tomarla, adoptó el partido mas prudente, y bebiéndosela de un solo trago, que cual columna de fuego corrió por su garganta:

—Ahora es preciso que me diga usted dónde está mi señora la duquesa, porque necesito verla cuanto antes.

—L' Blond, repuso secamente el caldeo, reflexione usted bien lo que dice, y recuerde la causa que nos trajo á este sitio, y no se ponga en ridículo hablando tan formalmente de sus ensueños como un demente. ¿Qué algarabía es esa de castillos, duquesas y criados? Yo sí que debiera dirigir á usted serias reconvenciones por lo mucho que me ha hecho pasar con su letargo; ¿por qué no me habló con la franqueza á que me proceder le obligara, pues mas de una vez le indiqué las malas consecuencias de no decirme la verdad? ¿Debia yo esperar tan mal pago?

—Señor Abubeker, contestó el Rubio algo incomodado, dejémosnos de chanzonetas: ¿dónde está el antiguo castillo de Charmes? ¿Dónde está mi esposa la duquesa de Melfi?

Movió el caldeo la cabeza en señal de descontento, detúvose un rato, y continuó despues:—En Francia no existe ninguna duquesa de Melfi, ningun castillo llamado de Charmes. ¿Ni cómo un simple comerciante de sedas hubiera podido recibir en matrimonio la mano de una princesa? Solo un momento de reflexion bastaria para hacerle salir de su error.

—Pero, si tengo cartas del duque d' Orleans, del de Guimené, de la duquesa de Nemours y hasta del mismo rey, ¿que direis á esto?

—En tal caso, veámoslas.

Miró el Rubio en derredor, y solo vió los vestidos de viaje que trajera de Namur. Golpeóse entonces la frente, restregóse de nuevo los ojos, y se levantó á tiempo que el sol tocaba á su ocaso.

—¿Que significa todo esto?, exclamó L' Blond entre enojado y perplejo: ¿es de dia ó de noche?

—Se acerca la noche, contestó secamente el caldeo.

Asaltado L' Blond de mil encontrados y tristes pensamientos, bajó la cabeza y dió en pasear meditabundo por la estancia. Registró una y otra vez escrupulosamente sus bolsillos, y como no encontrase en ellos vestigio alguno de su estado ducal, exclamó: ¿Donde estoy? ¿donde he estado? Supongo que no se empeñará usted, dijo dirigiéndose al caldeo, en hacerme creer que durante tres meses he soñado que todos los dias comia, bebia, dormia y me despertaba.

—Ni yo creo tampoco, repuso este con indigesto tono, que se empeñe usted en hacerme disputar sobre la realidad de sus sueños. Puede pensar como guste acerca de ellos; pero de cualquier modo debiera darme las gracias en vez de reconvénirme.

—¡Yo dar á usted las gracias! Sin duda, porque es chistosísimo convertir al duque de Melfi en un pobre comerciante de sedas.

—Está bien: puede usted decir cuanto le plazca, seguro de que no le responderé mas, pues mi tiempo es muy precioso y no puedo desperdiciarlo. El coche que nos condujo aquí se halla á la puerta dispuesto á volvernos á Namur, adonde es preciso regresar en breve. Puede usted seguirme si gusta.

—Estoy resuelto á no dar un paso hasta saber donde me hallo en realidad... sí... el castillo de Charmes, mi esposa, no pueden estar muy lejos de aquí.

—Si usted lo cree así, quédese en buen hora; yo me marcho.

Dirigióse seguidamente hácia la puerta, y es de presumir que L' Blond no juzgase muy prudente quedarse solo en paraje que le era tan desconocido; puesto que comenzó á guntarle:—Espérese usted un momento, señor Abubeker, que ya le sigo. Reunióse á él en efecto.—¿Y que ha sido de nuestro tesoro?, le preguntó en tono algo mas sosegado y bajo.

—De eso hablaremos mejor en el coche.

Meneó el Rubio la cabeza con marcado disgusto, adelantáronse entrambos hácia la puerta, delante de la cual se hallaba ya dispuesto el coche como anunció el caldeo, tomaron asiento en él y partieron á escape los caballos, perdiéndose un momento despues entré las sombras de la noche que parecian salir de la espesura del bosque.

CAPITULO XVI.

La separacion.

Un profundo suspiro que se oyó salir de lo íntimo del corazon del ex-duque, hizo bien manifiesto que no le era tan sabrosa la compañía de su antiguo protector, quien no daba por su parte muestra alguna de querer interrumpir el silencio. La velocidad con que rodaba el carruaje, junto con la hora, casi le hicieron creer que se mecía en un sueño, ocurriéndosele sobre lo primero dos observaciones importantes, que no seria bien dejar pasar desapercibidas. Era la una, que el tesoro, dado caso que lo llevasen consigo, no podia ser de gran monta, puesto que su peso no fatigaba mucho á los caballos; y la otra, que Abubeker debia tener muy bien distribuidos los encantadores encargados de remudar los tiros, en atencion á la frecuencia con que se sucedian y á la rapidez con que lo verificaban, de suerte que apenas se interrumpia el viaje por tres minutos en cada parada.

—¿Y qué ha sido por fin de nuestro tesoro? dijo el Rubio tocando ligeramente el brazo de Abubeker; ¿le hemos encontrado?

—Sí, contestó el caldeo que parecia dominado por el sueño. Y es lástima que por su letargo no haya sido tan considerable como me prometia; pero aun así es suficiente para que pueda usted pasar con bastante comodidad los dias que le restaren de vida.

—¿A cuánto ascenderá sobre poco mas ó menos?

—No lo sé á punto fijo.

—Y ¿le llevamos en el coche?

—Sí, repitió Abubeker bostezando y con toda la sequedad de un interpelado acometido de profundo sueño.—Mas si usted me lo permite voy á dormir un poco, pues siento mucha necesidad de ello, y entre tanto podrá reflexionar sobre el uso que mas le convenga hacer de él.

No pareció á L' Blond muy oportuno el sueño de su compañero, y así es que trató de evitarlo entreteniéndole con varias preguntas que diestramente le hacia de cuando en cuando; pero viendo que esto no bastaba, le dijo en tono mas alto:

—Pues, señor, es cosa ya resuelta; con el importe del tesoro viajaré por toda la Francia y aun por todo el mundo, hasta dar con el castillo de Charmes y reunirme á mi esposa.

—Seria el medio mas seguro de perder el dinero; pero tenga entendido que su buena suerte no se lo ha proporcionado para que lo malgaste por un necio ensueño. Y á fé mia que siento haberme molestado tanto en su obsequio, pues en este momento acaba de perder una gran parte de él con sus necias resoluciones; por lo cual le suplico procure emplearlo con sabiduría.

Desconcertado un tanto L' Blond con las palabras del caldeo: Y ¿á qué llama usted emplear el dinero con sabiduría? le dijo.

—¿No ama V. á la hija del general... ese de Namur? no recuerdo su nombre en este momento.

—¡Dios mio! exclamó L' Blond, ¿no sabeis que no puedo ya pensar mas en ella; que estoy casado, que dentro de poco voy á ser padre?

—Silencio, repuso Abubeker montando en cólera. L' Blond, no me hagais perder los estribos con vuestros ridiculos ensueños. Con tan necias palabras acabais de perder otra parte considerable del tesoro; y le prevengo que de no ponerse en razon dará pronto al traste con todo él y tambien conmigo.

L' Blond guardó silencio. El caldeo habia sido siempre para él un enigma que en vano intentó mil veces descifrar; pero ahora le pareció sospechoso. Estaba visto que habia querido burlarse de él y de ningun modo hacerle feliz con el decantado tesoro. Sin embargo no atinaba con la verdadera razon de que semejante aventurero gastase tanto en una mera burla, además de que su permanencia por espacio de tres meses en el castillo de Charmes, aunque en sentir de Abubeker fuese solo un sueño, le parecia al Rubio algo mas que una chanza. De buena gana hubiera continuado la conversacion con él para salir de tanta duda; pero conoció por su fuerte ronquido que no tendria contestacion alguna, y hubo de resignarse hasta mejor coyuntura.

Así prosiguieron su viaje por espacio de media noche, que á L' Blond le pareció un siglo. Al romper el alba se detuvo el coche ante una quinta situada al extremo de un puente. Se remudó el tiro, bostezó fuertemente el caldeo, y pareció entregarse de nuevo al profundo sueño de que le hiciera volver la falta de movimiento y el ruido de los caballos. Mas la impaciencia del Rubio habia tocado á su término. Así es que aprovechando tan favorable momento, asíóse fuertemente del brazo, y le dijo con tono algo mas que severo:—Abubeker, he meditado detenidamente sobre cuanto me ha dicho y acaba de pasar por mí, y veo que solo ha tratado y conseguido burlarse de la confianza que ha sabido inspirarme; pero, amigo mio, mi necia credulidad no puede llegar hasta el punto de persuadirme haya estado aletargado por espacio de tres meses y siempre soñando en una misma cosa. Eso seria demasiado ridiculo; y pienso no me creará usted bastante tonto para ello.

Púsose el caldeo á silbar una melodía como para no oír nada de cuanto le decia L' Blond; mas este continuó tranquilamente y con tono bastante resuelto:—Ahora menos que nunca podrá usted continuar en su pertinaz empeño, pues voy á darle una prueba irrecusable de que he estado en Charmes, de que soy el esposo de la duquesa de Melfi. Reconozco perfectamente el sitio en que nos hallamos, y vereis...

No le dejó concluir el caldeo: sus ojos brillaron como la luz del relámpago, frunció súbitamente las cejas, demudósele el color, y con acento asaz vehemente le asestó un diluvio de palabras en idioma tan desconocido para L' Blond, que no acertó á comprender ni una.

—Hable usted siquiera de modo que se le entienda, observó este.

—Teneis razon, repuso el caldeo, me olvidé de que no sabiais esta lengua. Aproximóse entonces á él, y cogiendo una de sus manos y apretándola con todas sus fuerzas, continuó en voz baja y ahogada por la cólera.—Veo que todas mis prevenciones, todos mis consejos han sido del todo inútiles: acaba usted de perder otra buena parte de su fortuna, y me temo la perderá pronto toda, si no le trato de otro modo. Escúcheme, pues, con mucha atencion. Es absolutamente preciso olvide completamente cuanto dice haberle pasado en esa malhadado sueño, y cuide sobre todo de no decir ni una sola palabra acerca de él desde este mismo momento, ni á mí ni á ninguna otra persona: que no escriba, que no pinte nada de él. En una palabra, que todos esos fantasmas los entierre en el mas profundo olvido. Con esta condicion me volverá usted á ver un dia y tendrá fortuna: de otro modo, no.

Llegado que hubo aquí, se abrió la portezuela del carruaje, apeóse el caldeo, subió en el acto un hombre de colosal estatura y atléticas formas, viniéndose á sentar junto á L' Blond sin usar de mas ceremonias, y el coche rodó lo largo del puente con la misma velocidad que antes.

No fué pequeña la sorpresa que causó á nuestro héroe este nuevo golpe romántico; pero esta subió de punto, haciéndole estirar prodigiosamente sus pupilas, al observar que su nuevo compañero de viaje le enseñaba una pistola.—¿La veis bien? le dijo, está perfectamente cargada. Desenvainó á seguida un descomunal puñal, y continuó:—No podeis figuraros el buen temple de esta hoja ni la finura de su punta; podeis tocarla con el dedo si quereis...

—Gracias, repuso vivamente L' Blond, como sorprendido por el miedo. Estoy enteramente convencido de cuanto me acabais de decir, y no necesito de prueba alguna. Desde luego le creo á usted bajo su palabra.

—En buen hora, pero debo prevenirle, que al primer grito que diere, al primer movimiento sospechoso que haga, tendré el honor de atravesarle el corazon con esta daga, ó bien de

levantarle la tapa de los sesos con esta pistola, por mas sensible que me sea hayamos de vivir en tan enfadosas circunstancias. Ahora espero me permita usted venderle los ojos por su propia seguridad, hasta mejor ocasion.

—Pero ¿á qué viene todo eso? observó L' Blond bastante atemorizado.

—Porque usted es mi prisionero en este momento, contestó el terrible compañero, mientras sacaba del bolsillo un pañuelo de seda. Espero pues tendrá usted la bondad de dejarse vender, continuó jugueteando con la punta de la daga en el pecho del Rubio.

Nada tuvo este que oponer á tan persuasiva invitacion. Inclino su cabeza, y en un momento quedó tan bien vendado, que ni percibir podia la claridad de los rayos del sol.

Tiempo y motivos sobrados de reflexion se presentaron entonces á nuestro jóven aventurero acerca de tan raras metamorfosis, pues su afable conductor se hizo el sordo á cuantas observaciones le dirigió, contentándose cuando mas con ofrecerle de hora en hora vino y fiambres, para mejor conllevar las fatigas del camino. Arrepentíase una y otra vez, y aun llegó á renegar del fatal momento en que se relacionara con su pretendido protector, ya que habia tenido la suficiente habilidad para atraer su cólera y dar al traste con el ansiado tesoro. Empero recordando sus últimas palabras, se decidió al fin á cumplir fielmente sus órdenes, puesto que así le quedaba siquiera la esperanza de volver á encontrar algun dia á tan maravilloso personaje. Es de advertir que el bueno del comerciante no veia nada de natural en tan raros sucesos.

No se sabe con exactitud cuánto tiempo duro el viaje, porque como no le era dado al Rubio distinguir el dia de la noche, no pudo nunca averiguarlo con certeza. Sentia sí que comia y bebia, que á ratos dormia ó estaba despierto, pareciéndole tambien el camino bastante largo; pero esto pudo quizá consistir en lo fastidioso que se le hizo. Por lo demás, nada le atormentaba tanto como ignorar adónde le llevaban; y tal era la fatiga que le daba semejante incertidumbre, que mas de una vez interrogó formalmente sobre ello á su compañero á pesar del respeto que le tenia; pero todo fué en vano, pues nunca recibió contestacion alguna.

CAPITULO XVII.

Inestabilidad de las cosas humanas. Todo como antes.

Detúvose por fin el carruaje, apeóse el formidable guarda de L' Blond, y cogiendo á este de la mano:—Puede usted bajar si gusta, le dijo, dando á su hueca voz la mejor entonacion que supo.—Obedeció sin réplica el comerciante y puso el pié en tierra firme, aunque sin saber dónde, lo cual le dió no poco en qué pensar sobre su próxima suerte. Oyó en esto alejarse el carruaje, sin atreverse empero á mover pié ni mano hasta pasado buen rato, que no percibiendo el menor ruido se aventuró á dirigir la palabra á su desconocido compañero; mas como no obtuviese contestacion alguna, despues de haber dejado pasar otro coche que sintió rodar junto á sí, decidióse aunque con sumo temor á levantarse un poco la venda, y alentado por no sentir ni aun por eso la aguda punta del puñal de aquel, quitóse la del todo, quedando sin embargo en la misma oscuridad que antes. Al pronto creyó el bueno del Rubio haber cegado, puesto que no distinguia objeto alguno; pero al volverse salió de su cruel duda, pues vió una larga fila de casas, cuyas ventanas estaban iluminadas. Examinó entonces con mas detencion el sitio en que se encontraba, y reconoció con agradable sorpresa que era la muy conocida calle de Namur donde tenia su antigua habitacion, hallándose delante del magnifico palacio del presidente del tribunal supremo, y por consiguiente á la puerta de su propia tienda de encajes, aunque se hallaba cerrada, pues era casi la media noche; pero no admitia ya duda alguna la desaparicion del fatal coche del caldeo, ni menos la de su temible compañía.

Buen trabajo hubo de costarle hacerse oír de su mancebo, que al cabo de media hora vino por fin á abrirle la puerta, muy poco abrigado por cierto y restregándose fuertemente los ojos con el puño de la mano que le quedaba libre, como para alejar el sueño que al parecer le dominaba. Pasada la sorpresa que le cogió al ver entrar á su principal á tales horas, y despues de haberle hecho las cumplidas preguntas de estilo en el modo y forma que mejor se le avino, cargó con el equipaje de este y lo condujo al antiguo aposento de su amo, y comenzó á referirle con toda minuciosidad cuanto habia ocurrido en su casa y en la ciudad durante su ausencia; todo lo cual oyó L' Blond con indiferencia, pues nada de ello parecia importarle un ardite.

Merced al cansancio físico y moral que el viaje al par con las aventuras le ocasionaran, durmió profundamente hasta bien entrado el dia. Su primera diligencia despues de levantarse fué registrar con detencion el aposento y el gabinete interior que daba al jardin; pero todo se encontraba en el mismo estado que lo dejó al marcharse. De suerte que lo pasado parecia un sueño, puesto que no encontraba en ello explicacion alguna, y mucho menos acerca del ducado de Charmes; siendo lo mas probable que se redujese á una diablura del supuesto caldeo, que tambien podia ser el mismo Belcebú que se habia servido de él para alguna de las suyas. Sacó una por una todas las prendas del baul de camino, y como al principio tropezáse con tres monedas de oro, creyó encontrar en él su pretendido tesoro; pero por desgracia no halló mas que su ropa en la misma disposicion que la colocara la víspera de su partida á Saint Valerion des Anges.

(Continuará.)

Sin que tratemos de prevenir el juicio de nuestros suscritores, debemos de llamarles la atencion sobre el mérito de la melodía que publicamos en este número, escrita por un jóven, ayer oscuro y desconocido, hoy, por esta obra solamente, apreciado en lo que vale. Las hadas sin duda ninguna llegarán á hacerse de moda entre las personas de buen gusto, pues además de lo bello de su música, la letra del señor Arnao es tan poética, tan delicada y sencilla, que no vacilamos en creérla superior á cuanto ha escrito el tiernísimo poeta de los Himnos y quejas.

LAS HADAS.

POESIA

DE DON ANTONIO ARNAO.

Cual leves sombras enamoradas
 á media noche vienen las hadas
 sobre las márgenes
 del lago azul:
 los ojos quieren ver su hermosura,
 pero envidiosa la niebla oscura
 sus formas cándidas
 vela en su tul.



MELODIA.

MUSICA

DE DON MANUEL FERNANDEZ CABALLERO

Dicen que bajan para consuelo
 de los que lloran en triste duelo,
 de los que víctimas
 son del dolor:
 venid, ó sombras, al alma mía,
 que entre tormentos de la agonía,
 deshecha en lágrimas,
 muere de amor.

DEDICADA A DON VICENTE BARRANTES.

ANDANTE.

CANTO.....

PIANO.....

Musical score for voice and piano. The score is in 9/8 time and begins with a key signature of one flat (B-flat). The tempo is marked 'ANDANTE'. The music is dedicated to Don Vicente Barrantes.

The vocal line (CANTO) includes the following lyrics: "Cual le - ves", "som - bras e - na - mo - ra - das á me - dia", "no - che", "vie - nen las ha - das so - bre las", "mas".

The piano accompaniment (PIANO) features a variety of dynamics including *F.* (Forte), *P.* (Piano), and *cres.* (Crescendo). The score includes a repeat sign at the end of the first system and a double bar line at the end of the second system.

con pasion *con misterio*

már - ge - nes so - bre las már - ge - nes del la - go a - zul: los o - jos

ritard. *F.* *dis.* *P.* *P.* *P.*

mas *dis.*

quie - ren ver su her - mo - su - ra pe - ro en - vi -

F. *P.* *P.* *F.* *P.* *P.*

ritard.

- dio - sa pe - ro en - vi - dio - sa la nie - bla os - cu - ra sus for - mas

F. *ritard.* *F.* *F.* *b#* *cres.* *P.* *dis.*

cán - di - das ve - la en su tul sus for - mas cán - di - das ve - la en su

ritard. *P.* *ritard.* *P.*

tul.

El señor D. Nicolas Malo nos ha remitido los siguientes originales pensamientos sobre Madrid, que sometemos al buen juicio de nuestros lectores.

PENSAMIENTOS SOBRE MADRID.

Es menester crear la corte de España, porque la corte aun no existe: es menester crearla aun á costa de considerables sacrificios.

Si Madrid hubiera sido una verdadera corte, las provincias de España se hubiesen fundido en un solo estado, y la separacion profunda que todavia observamos, hubiera desaparecido completamente, y la España no seria hoy un agregado de provincias sin cohesion como lo es.

¿Cómo habia de haberse desmembrado el Portugal y permanecer dos siglos como nacion independiente, si la corte de España se hubiese colocado en uno de los puntos destinados por la naturaleza para ello, porque no menos que la naturaleza debe determinarlos?

Pueblo que no tiene límites naturales, pueblo pobre, pueblo débil, que no puede fundar su grandeza sino en su agregacion á España, ¿cómo habia de existir por tanto tiempo!

¡Pueblo que paga tributos á naciones que se encuentran allende de los mares, y que sin embargo apenas pesa en sus determinaciones el peso enorme que debiera gravitar España sobre su política!

Madrid hoy divide la España y separa las provincias.

La corte de España llevaria tras sí quinientas mil almas á cualquiera parte donde se estableciese, menos en Madrid, que aun no cuenta doscientos cincuenta mil habitantes, despues de dos siglos y medio de residencia de los monarcas.

Pudiera decirse de ella lo contrario que ha dicho Alonso Nuñez de Castro: *Solo Madrid no es corte.*

Madrid no es una poblacion de primer orden, ni aun la primera de España.

La formacion de la corte en esta villa, en el centro matemático de España, sin hacer de él un verdadero centro de union de todos los intereses peninsulares, la ha separado no solo de las provincias, sino de la Europa y de todo el globo.

Y no se concibe cómo nuestro dominio en América duró hasta el siglo XIX.

Lo que sí se comprende es que al primer embate de la revolucion y al oírse el primer grito de la independencia, aquel vasto continente se haya emancipado de nuestro poderio.

Lo que sí se explica es que el reanudar nuestras relaciones, haciéndolas útiles, con los nuevos estados que constituyeron nuestros antiguos dominios, sea una obra tan trabajosa, tan paulatina y tan estéril.

Lo que sí se entiende es que naciones extrañas se anticipen en sus ventajas á las que nosotros debiéramos disfrutar con nuestros hermanos.

Lo que sí presentimos es que este aislamiento, en que se halla constituida la corte, compromete de una manera seria sus dominios ultramarinos, en la Océania y en el golfo de Méjico.

Lo que sí presentimos es que, ó Madrid se modifica esencial, profunda, radicalmente, ó es menester que la corte se traslade á una posición conveniente; ó la España tendrá que renunciar á los honores de nacion de primer orden, ó tal vez concluirá de desaparecer y será borrada del cuadro de las naciones.

Por otra parte, siendo Madrid un pueblo en donde apenas se encuentra una persona que se agite completamente dentro de la esfera que le corresponde, ¿qué podrá dar de sí?

Donde no hay un individuo que represente lo que vale ó valga lo que representa.

Donde una buena espada, unos buenos pulmones, ó la baja intriga son los mejores elementos para medrar. Donde la audacia, la inmodestia, la temeridad, la fuerza, la desatentada fuerza, ocupan el sitio que debieran poseer la razon y el mérito, únicos soberanos á quienes de derecho corresponde el gobierno del mundo.

Donde las mejores concepciones se convierten á la esterilidad, y si dan productos son productos híbridos que no representan sino dos generaciones.

Porque la atmósfera de Madrid mata los mas sublimes pensamientos, mata el entusiasmo, mata el patriotismo, mata las grandes ideas, y deja á los hombres con vida despues de haberlos esterilizado.

Donde para crearse un sistema de grandeza para España, se necesita la existencia de un grande hombre, de esos que nacen para ser la admiracion de los siglos, como un Napoleon, un Pedro el Grande, un Carlos III.

Y para que sucumba ese gran sistema, no hay sino dejarle que aspire la atmósfera de Madrid; á la manera que una planta intertropical trasladada á las regiones del polo, vive y fructifica á causa del calor que la procura el habil agrónomo que la fomenta, y muere luego que aspira la atmósfera helada donde se trasplantó.

La grandeza de España, sin embargo, está escrita en el libro del porvenir; pero es menester que se rompan las hojas de este libro para absorber sus verdades.

Las ideas se leen en los pensamientos que suministran las obras de la humanidad; ó en el libro abierto de la naturaleza, y se fecundan con la meditacion.

El tumultuario movimiento de las olas y sus quejidos al destrozarse sobre las playas y las rocas, el alarido de los vientos, las tormentas, el granizo, el trueno, las masas de árboles suspendidas en la atmósfera y adheridas á la tierra por un solo tubo de donde nacen la delicada sávia, la verdura de los campos, las maravillosas ondulaciones y murmullos de los bosques azotados por los vientos, los apacibles lagos, el impetuoso curso de los torrentes y de los rios, las grandes fábricas movidas por misteriosos resortes, el labrador echando en mano de los aires las trituradas mieses para purificarlas, el veloz y majestuoso movimiento de las embarcaciones que resbalan cortando masas inmensas de cristal y convirtiéndole en espumas.

¿Dónde están todos estos elementos, dónde hay alguno que impulse á la meditacion y al pensamiento? Aquí se ignora el lenguaje de la naturaleza, y se desconoce el soberbio, el magnifico, el portentoso idioma de la creacion.

Aquí corren las estaciones con regularidad y los dias con

curso monótono; y así corre la vida de los hombres tranquila y apagada; á no que el fuego de una injusta ambicion abrase su cabeza, que entonces convertidos en vivas ascuas queman y carbonizan cuanto se opone á sus intentos.

Y por esto se consideran aquí delirios las ideas de un tamaño mediano, y por esto esas ideas no se encuentran.

Y por eso Madrid, que está fisonomizado por sus propias obras, solo respira en ellas mezquindéz, eventualidad, pequenez de miras, ninguna representa una idea grande.

Y no tiene templos, solo si capillas, que no pueden resistir la comparacion ni aun con las de poblaciones de último orden.

Y no ha tenido hasta hace poco sino un teatro; los demás son improvisados y á la ligera, que duran tanto ó poco mas que las empresas que los sostienen.

Y no hay en Madrid mas que un género de arquitectura, á saber: el de las casas; los cafés son casas, los templos son casas, y los palacios y los edificios públicos.

Y se vive en Madrid como de tránsito, y este carácter trasciende á todas sus obras.

Es menester sin embargo que Madrid exista como un cuerpo hereditario, como existen todos los pueblos de la tierra, no como una poblacion de transeuntes. Dos mil personas apenas representan el territorio de Madrid.

Madrid no ha empezado aun á reformarse en el verdadero sentido de esta palabra.

La España está supeditada al poder de Madrid, y Madrid sin embargo gana poco, tan poco que sus propios hijos casi son los parias de la España, porque Madrid no es un pueblo egoista.

NICOLAS MALO.

LA CHINA EN LA ESPOSICION.

Prosigue el sabio informe del abaniquero del celeste imperio.

Decia, Escmo. Señor, que el segundo objeto que llama la atencion de estos europeos orangutanes, es un instrumento que llaman *órgano*. Nadie puede imaginar el placer con que los pueblos de Occidente escuchan sus sonidos. Se abren las puertas de la Exposicion y empieza el órgano, y este no cesa de tocar hasta que aquellas se cierran. Y si los europeos lo empleasen para asustar al sol, á fin de impedir su interposicion entre ellos y la tierra, pudiéramos muy bien disimular su estúpida aficion; pero estos necios, atrasados en astronomía como en todo, se empeñan en que la música no ahuyenta los eclipses.

Pero ya que el órgano es aquí un objeto de industria, ¿por qué lo prefieren al bombo? No lo comprendo. ¡Si vieran nuestro *tam tam*! Preciso es convenir en que este es mas armonioso y alborotador que el ponderado órgano.

Estas gentes maldicen otro instrumento, cuyo nombre es... *piano*. Ningun sabio ha sabido explicarme la etimología de esta palabra. El piano es el tormento de la existencia europea, y en prueba de esto voy á referir...

Nada de eso: diré sencillamente que un inglés muy rico se mató dias pasados disparándose á la cabeza una pistola. A esto llaman aquí *abrasarse los sesos*, como si los sesos fuesen una sustancia inflamable. Lo mejor del caso es que sobre la cama del inglés se ha encontrado el siguiente billete, escrito por su mano poco antes de morir:

«A nadie se acuse de mi muerte: he querido poner fin á mi existencia.

«No tengo *spleen*.

«No he especulado en la bolsa.

«No he escrito dramas.

«Una muger, á quien amaba con delirio, me ha engañado. Su traicion me conduce á la tumba. Yo la perdono. (Esta es una contradiccion de los sentidos que no puedo comprender.)

«Ayer entré en su casa, y la sorprendí... ¡Ah!... Sentada criminalmente al piano.

«Sí; criminalmente, porque tocaba una sonata; porque me habia jurado que no conocia este instrumento. La adoraba yo tanto, que hubiera consentido en que aprendiese el arpa. ¡Pero el piano! Nunca, nunca.

«El piano es un veneno lento que mata á los maridos; el piano les persigue por todas partes; el piano atrae moscardones que se le rien en sus barbas; el piano les convierte en lazarillos de sus mitades de salon en salon; el piano les hace parecer padres ó abuelos de sus propias mugeres; el piano... ¡Maldito mil y mil veces! Me mato por no oír hablar de él.»

A nadie ha sorprendido esta muerte, porque los sabios colocan el piano entre las causas mas frecuentes del suicidio.

Pues bien: en la Exposicion hay mas de quinientos de distintas formas, y todos los dias se inventan nuevos modelos. Es decir, que en Europa se premia á los envenenadores públicos.

VII.

Estos industriales no tienen lógica ni sentido comun. Ejemplo. En un pais muy pequeño llamado Animalia, se han reunido varios hombres piadosos, y sobre todo pacíficos, para impedir que los pueblos se hagan la guerra. Esta reunion se conoce con el título de *Congreso de la Paz*. La Exposicion ha ocupado su puesto, porque dicen que los adelantos de la industria son anti-belicosa.

El Palacio de Cristal encierra sin embargo mas de trescientos modelos de fusiles, cuyo principal mérito consiste en dar la muerte de un modo rápido y seguro.

Muchos miembros del *Congreso de la Paz* forman parte del *Jury* de la Exposicion, y á fuer de comisarios, han clasificado, con arreglo á su superioridad respectiva, estas máquinas de guerra perfeccionadas, colocándolas entre las *invenciones útiles*.

¡Buen modo tienen estos pobres diablos de ponerse de acuerdo consigo mismos!

Moda nueva.

Segun las noticias recibidas en Londres por el último vapor-paquete de Nueva-York, se habia declarado en dicha ciudad una espantosa guerra civil.

No hay que asustarse, pues los cañonazos no han ocasionado desgracias.

Sin embargo, aquellos habitantes se han dividido en dos bandos que se escarnecen inhumanamente como lo hicieron en su época los *Montecos* y *Capuletos*: ¡Y todo por unos pantalones!!! En efecto, un sastre que se dice de París, ha dado en la manía de hacerlos á la turca, y en turcos se han convertido la mitad de los ciudadanos de Nueva-York.

Pero la otra mitad se ha dado por ofendida, y en desquite de la ofensa hecha á la gravedad americana, ha resuelto no usar pantalones, ni turcos, ni griegos.

Tenemos pues á los cuákeros en camisa. A la salida del paquete se habian dirigido los dos bandos en los periódicos una escuadra de insultos y desvergüenzas.

Será probable que se establezcan nuevos diarios—monstruos para las que todavia se han de decir.

ESPAÑA EN LA ESPOSICION.

ARTICULO V.

No guardan proporcion en nuestra patria, en cuanto á riqueza y abundancia, los recursos naturales y los que proceden de las combinaciones industriales. Como ya hemos explicado en otro artículo, España ha atendido siempre mas á sus goces y conveniencias que á sus utilidades, descuidando los adelantos importantes, por lo mismo que ha sabido comprarlos cuando los ha necesitado. Nacion generosa y desprendida, siempre ha dado su oro con profusion á los especuladores extranjeros, y solo se ha acordado de que tal vez es el primer pais del mundo, entre los mas espléndidamente dotados por la naturaleza, cuando sus grandes trastornos políticos la han obligado á pensar que hay en el mundo otra opulencia mas estable y segura que la que se extrae de las entrañas de la tierra.

Despues de los productos naturales que hemos examinado, debemos hacernos cargo de las obras que con algunos de ellos se han fabricado y han sido expuestas en el Palacio de Cristal. Merecen entre ellos ocupar el primer puesto dos bustos, uno de bronce que representa á S. M. la Reina Doña Isabel II, y otro fundido en hierro, de su augusto esposo D. Francisco de Asis; estos trabajos son muy notables por la delicadeza con que están ejecutados los relieves y demás adornos accesorios que contribuyen á aumentar su mérito artístico, y honran verdaderamente á la fábrica real de Truvia, que proporciona jornales á no pocos trabajadores en la provincia de Oviedo.

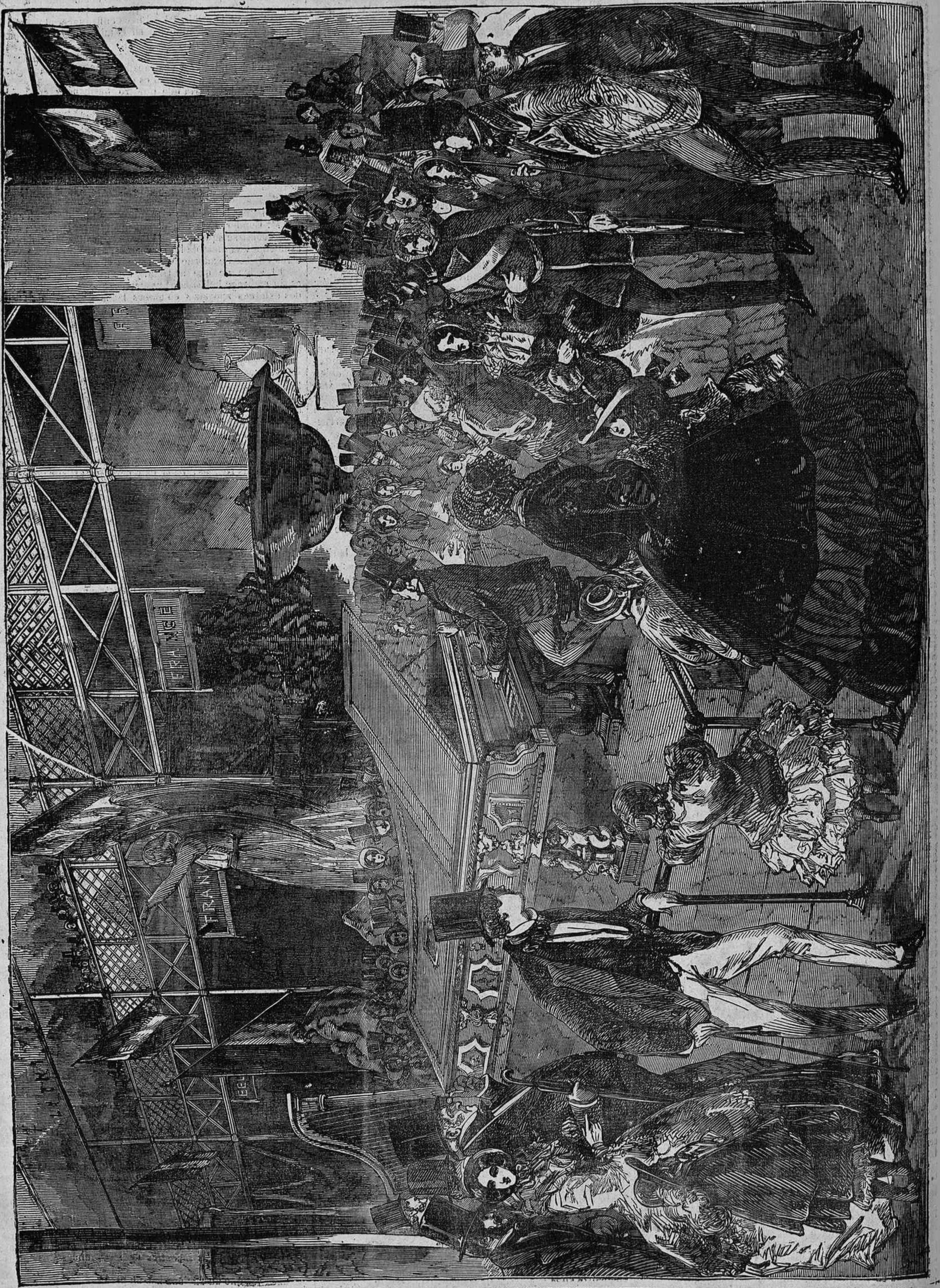
Ya hemos hablado en uno de nuestros anteriores artículos de las dos piezas de artillería de hierro forjado, que ocupaban el centro de la galería grande del palacio de Hyde-Park: así como entonces dijimos que no podiamos admitirlas por muestras verdaderas de la calidad del hierro español, podemos asegurar ahora que, como objetos de fabricacion, son dichas piezas de lo mejor que han producido nuestras fundiciones, si hemos de atenernos á los informes publicados por personas inteligentes. El calibre del obús tiene diez y seis pulgadas, y el mortero nueve, y ambos llevan la fecha del 25 de agosto de 1837, en Oñate; así como las letras C. V., iniciales del pretendiente Carlos V. Tambien se ha visto un obús, procedente de la fábrica y fundicion de Sevilla, y cuyo peso asciende á seis mil quinientas sesenta libras: se ha valuado esta pieza en sesenta y siete mil trescientos reales.

Toledo, que debe al Tajo la inimitable calidad y el precioso temple de sus armas blancas, no podia menos de presentarse con orgullo en la competencia artistica universal, segura de obtener el triunfo sobre todas las fábricas extranjeras. Ya hemos ofrecido á nuestros lectores en las columnas de LA ILUSTRACION, la famosa daga y el cuchillo de monte, que son dos piezas maestras en su género; pero no se ha limitado á ellas el contingente aprontado en la feria del mundo por la real fábrica de la ciudad imperial: hojas de sables antiguas y modernas; chuzos, alabardas, machetes, picas y cuchillos; seguros romanos; hé aquí los objetos de reconocida importancia artistica que ha remitido y ha hecho admirar en Londres. La pieza que mas ha llamado la atencion ha sido una espada, cuya vaina tiene la figura de una serpiente enroscada; el temple de la hoja es tan fino, que esta se enrolla del mismo modo que la vaina, formando tres ó cuatro roscas desde la punta hasta el puño. Ninguna de las afamadas hojas de Damasco ha llegado á dar los resultados que produce el acero en las orillas del Tajo.

La fábrica de Eibar, que con tanto celo como inteligencia dirige el señor Zuluaga, ha espuesto dos pares de excelentes pistolas, dos cuchillos de monte, una hermosísima espada de montar, una escopeta y una carabina: todos estos objetos están trabajados con el primor que tan acreditado tiene el establecimiento mencionado, y muy particularmente respecto á las armas de fuego, que sin la menor duda son las mejores que se fabrican en la Península. Asimismo remitió á Londres el mismo artista un cofrecito de hierro colado, cubierto de cinceladuras de oro y plata, y trabajado con un esmero y un gusto esquisitos: tan elegante mueble parece que está destinado á servir de depósito fiel de los títulos de nobleza de una ilustre casa de Castilla.

Todos sabemos que en España se trabajan con perfeccion los muebles y otros objetos de ebanistería: á pesar de esta verdad incontestable, una mesa del señor Perez, de Barcelona, y un escritorio del señor de Medina, de esta corte, son los únicos productos de este género que han rivalizado con los mejores de otros países. Hé aquí otra prueba del desprecio con que nuestros industriales han correspondido á la cita universal.

La mesa del señor Perez es de figura octágona, y aparece compuesta de embutidos, que forman una multitud de caprichosos dibujos: en su centro figuran unidas las armas de España y de la Gran Bretaña. El número de piecitas que han entrado en la composicion de tan magnifico mueble, asciende á la cifra de tres millones, pues solo las armas de Inglaterra, que ocupan el espacio de tres pulgadas de altura por dos de ancho, contienen cincuenta y tres mil. La mesa esta valuada en unos seis mil duros. Algunos han creído, al examinar el prodigioso número de piezas que han entrado en su construcción, que se ha trabajado con arreglo al sistema general de embutidos ó ensambladuras, esto es, de una manera que,



REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alharbra, Jacometrezo, 26.